

La Ilustración Artística

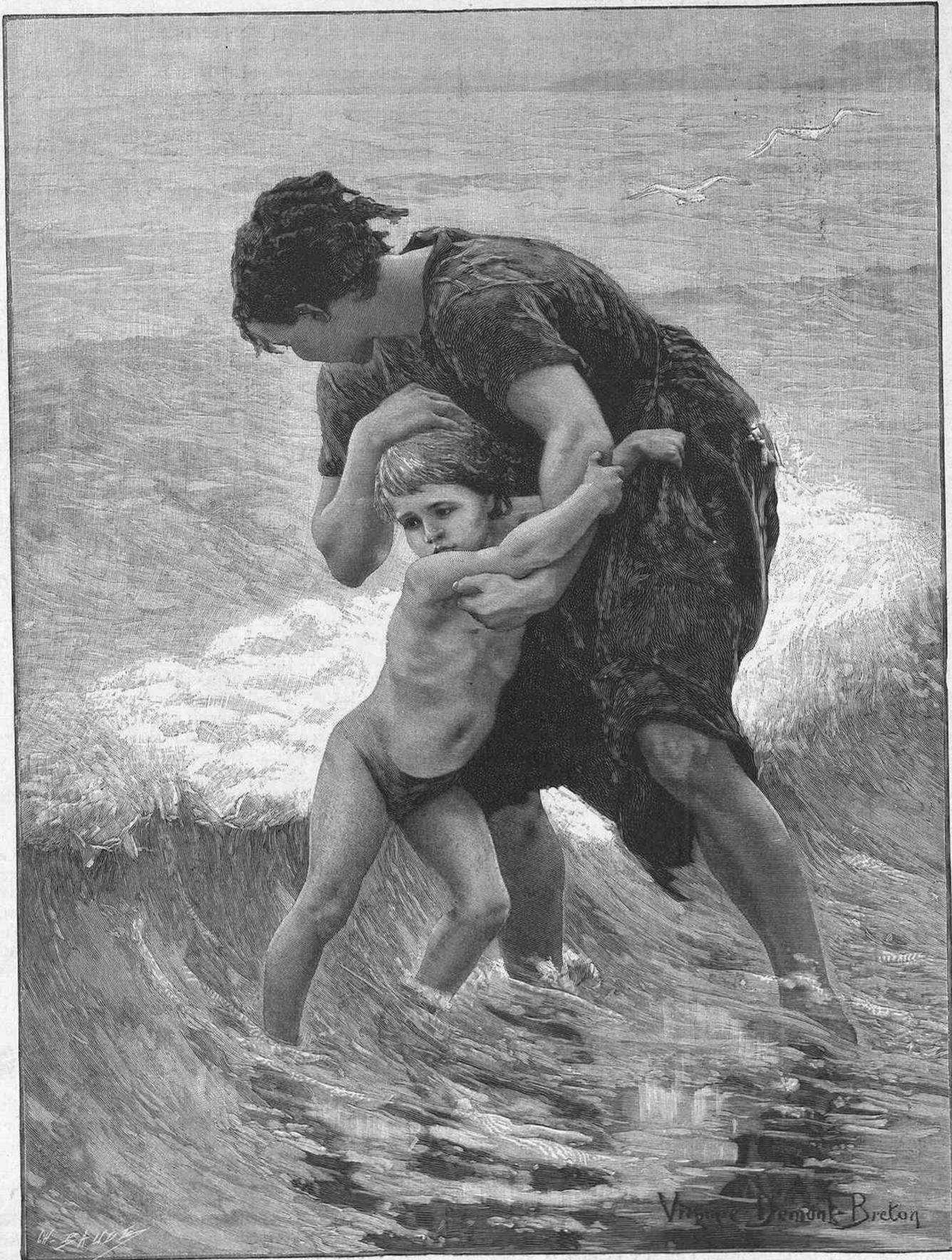


Año XVII

BARCELONA 25 DE JULIO DE 1898

Núm. 865

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BAÑO, cuadro de Virginia Demont-Breton

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *D. Alejandro Pidal*, por José Juan Cadenas. — *El mirlo* (*Los recuerdos de un curial*), por P. Gómez Candela. — *Crónica de la guerra*, por A. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Mentira sublime*, novela (continuación). — *Coches de plaza automóviles*, por E. Hospitalier. — *Embajadores abisinios en París.* — Libros recibidos.

Grabados. — *En el baño*, cuadro de Virginia Demont-Breton. — *D. Alejandro Pidal.* — *República Argentina. La vida militar.* — *Preciosa*, cuadro de Román Ribera. — *Islas Canarias. Vistas de Santa Cruz de Tenerife.* — *El pan nuestro de cada día...*, cuadro de Julio Boquet. — *Soldados de la paz*, dibujo de Vicente Cutanda. — *Alrededores de Sevilla.* — *Recuerdo de Sevilla.* — *Recuerdo de Alcalá de Guadaíra*, cuadros de Manuel García Rodríguez. — *Ariadna*, bajo relieve de Anning Bell. — Figs. 1, 2 y 3. *Coches de plaza automóviles.* — *Tipo de mujer española.* — Príncipe Woldie y generales Buru y Nado, embajadores abisinios en París.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Guerra hispano-americana. — Heroicidad española. — Emociones del sentimiento público según se reciben favorables ó adversas noticias. — El sitio de Santiago. — La escuadra de Cervera. — Luchas electorales germánicas. — Crisis ministerial en Italia y en Francia. — Ministerio Brisson. — Ministerio Pelloux. — Crisis de Austria. — Golpe de estado austriaco. — Desórdenes de Galitzia. — Observaciones. — Conclusión.

Ocultaríamos la verdad á nuestros constantes lectores si les ocultásemos haber llegado á su colmo las agitaciones políticas en España, con motivo de los varios períodos que va recorriendo y de las varias fases que va tomando nuestra guerra intercontinental. No hay más que un sentimiento de admiración para el soldado, quien poco á poco se transfigura en prototipo de la patria dentro del martirio, haciendo que la tristeza y desgracia de los resultados, hasta hoy evidentes, crezcan de un modo desmedido por la heroicidad sobrenatural del esfuerzo inútil. Las cuarenta y ocho horas corridas desde la madrugada del cuatro á la madrugada del seis, generaron en Madrid emociones contradictorias, cuya explosión trajo excesos lamentables de alegría y excesos más lamentables aún de desesperación, bien cercanos unos de otros, y por cercanos, bien bruscos, y por bruscos, bien peligrosos. El interés público se concentró en la Cuba oriental. Primero el desembarco, aunque mal contrastado, únicamente cumplido con el auxilio de los mambises, inspiró á la opinión pública seguras esperanzas en próximo triunfo por tierra, ya que tantos contratiempos sufríamos en los mares, triunfo capaz de compensarnos, dentro de la bahía de Santiago, del desastre inolvidable que se nos ha infligido en la bahía de Manila. El combate verdaderamente sobrenatural en que los nuestros mantuvieron la gloria militar al nivel de sus antiguas mayores alturas; la defensa heroica de tantas lomas como avvicinan á la plaza embestida y los sacrificios de tantos héroes como perecieron dando á sus enemigos muerte cual en los tiempos del más vivo furor hispano; las demandas de hospitales flotantes hechas por los directores del sitio á su gobierno y la confesión de las irreparables pérdidas por ellos sufridas; el cablegrama que, diciéndonos las desventuras de nuestros dos generales, tan valerosos y sublimes, del general Vara de Rey muerto, del general Linares herido, nos contaba una defensa increíble por lo atrevida, pero certificada por el coraje de nuestro ejército, juntamente con la salida de Cervera del botellón en que lo había el ejército enemigo embotellado con sus amenazas de perseguirlo y exterminarlo; tantas favorables nuevas exaltaron el sentimiento público en términos de llevarlo á esas jubilosas manifestaciones, las cuales pueden sostenerse y aun aumentarse, yendo acompañadas ó subseguidas con una serie próspera de grandes y patentes victorias.

Así no pasaron veinticuatro horas sin que se trocara el júbilo en desesperación y sin que se despidieran sobre la frente del gobierno los más rudos y los más formidables anatemas. Nuestro pueblo aparecerá siempre como el pueblo de los milagros. Aquella palabra «imposible», tan tomada en cuenta por los pueblos y por los Estados más poderosos, no suena entre nosotros. Vencedores de César y de Carlo Magno y de Napoleón; habiendo hecho retroceder del continente nuestro aquellas irrupciones que sojuzgaron á dos continentes, tan inmensos como el asiático y el africano; descubridores del Nuevo Mundo, adherido á la patria española por una serie de titánicos milites y navegantes, como no los han soñado iguales ni las mitologías más fantaseadoras; fundadores de aquellas órdenes, cuyos misioneros abrían las puertas del Imperio chino al mundo civilizado y constituían las comunidades religiosas en los bosques vírgenes del edénico Paraguay, crémos-

lo todo posible á nuestro genio y todo sometido á nuestro esfuerzo. Un escritor ingeniosísimo del siglo xvii describe con una gracia hiperbólica este flaco de nuestro carácter nacional, presentándonos cierto castellano viejo, de antigua cepa, el cual se había vuelto loco porque diez mil franceses, muy bien armados, pegaron una paliza descomunal á ocho españoles inermes. No pueden burlarse las leyes mecánicas del Universo; no puede prescindirse de la cantidad y del número; por idealista que seáis, habréis de contar siempre con la materia bruta y su inercia, con la fuerza física y sus incontrastables fatalidades. Al hombre se le puede pedir lo humano y lo natural; pero no se le puede pedir lo sobrenatural y lo sobrehumano. No le pidáis lo imposible á nuestra marina ó á nuestro ejército; y no pidiéndoles aquello que no pueden hacer; comprenderéis la realidad de nuestras circunstancias presentes y dejaréis de retorceros en los espasmos de una epilepsia colectiva, producidos por la certidumbre de inevitables hechos, ya calculados por la previsión y por la ciencia.

Pero hubo desengaño. Al delirio del júbilo siguió el delirio de la desesperación. Nuestros destroyers sumergidos al salir del fondo de la bahía oriental; nuestros mejores buques encallados; prisionero Cervera; enfático y orgulloso el almirante Sampson ofreciendo á su América la escuadra nuestra como un regalo para su fiesta de la independencia sajona; llegados tarde, ó no llegados quizás, los refuerzos apercibidos en socorro de Santiago desde los campos de Holguín y Manzanillo; los nervios nacionales se descompusieron á una con tal descomposición, que hubo necesidad imprescindible de acuartelar las tropas y requerir los cañones contra las indignaciones del pueblo, quien, exaltado y fuera de sí mismo, imputaba el desengaño de sus generosas esperanzas, como siempre, á las torpezas del gobierno. Así corrieron las más espantables noticias: que Polavieja tornaba de sus baños en la Bourboule á establecer un gobierno palaciego; que Martínez Campos á Zaragoza corría para sofocar un movimiento democrático; que acababa de ser silbado Silvela en plena Puerta del Sol; que Weyler se presentaba como candidato á una dictadura inmediata; que los apóstoles republicanos iban á salir hacia los cuatro vientos cardinales para predicar la buena nueva; que Barcelona se acababa de pronunciar y Madrid apercibido estaba también á un pronunciamiento; que se derrumbaba la máquina celeste y venía el Apocalipsis anunciado por todos los pesimismos y por todos los pesimistas. Mucho tiempo hace que tengo dicho aquí el recelo y temor míos por estas neurosis, cuyos asaltos deben los pueblos varoniles conjurar si quieren decidir de su propio destino y suerte, no con los arrebatos de las pasiones incendiarias, exterminadoras de suyo, con la calma serena del espíritu nacional, de suyo creador y próvido.

Las desgracias nacionales nos impiden ocuparnos en otras cosas del mayor interés acaecidas sobre nuestro continente, y reducirnos á historiar los propios intensísimos dolores. Pero elecciones como las de Alemania; crisis ministeriales como las crisis de París y de Roma; perturbaciones como las acaecidas en Austria últimamente, donde amagan desde arriba los golpes de Estado infames y desde abajo las revoluciones violentísimas; las fiebres de Oriente apercibiéndose á otra nueva guerra, exigen hoy con exigencia incontrastable que nos pasemos á considerarlas y no las elidamos en estas crónicas de lo contemporáneo. Las elecciones alemanas pueden definirse como prueba del progreso que alcanzan allí los socialistas y del consistente centro político que allí tienen los ultramontanos. En cambio, si pueden definirse con claridad las elecciones germánicas, no pueden con la misma claridad definirse las crisis ministeriales de Francia ó Italia. Por más que os calentéis los cascos, no llegaréis á comprender cómo el buen amigo Brisson puede salir de la Cámara derrotado en calidad de presidente del Congreso, y puede reentrar dentro de la Cámara vencedor, en calidad de presidente del Consejo. Los mismos que le dieron una minoría de ocho votos en el combate por la presidencia parlamentaria, le han dado una mayoría de sesenta votos para la presidencia ministerial. Bien es verdad que Brisson parece haber nacido bajo estrella óptima, resplandeciendo ahora con extraordinario y súbito resplandor en su pro. Lo derrotan en una esfera políticamente inferior á la ocupada por él ahora; y los mismos que le derrotan álzale luego sobre los pavese de la política y le dan la presidencia del Consejo, de un Consejo importantísimo por la reciente formación del Congreso; pueril acertijo, rompecabezas indudable, fórmula jeroglífica de un proceder singularísimo y del todo extraño en el resto de nuestra Europa,

mas con antecedentes y con tradiciones en Francia.

Los girondinos tuvieron allí una mayoría incontrastable en la Convención, y obraron de suerte que los desvistieron del gobierno y les cercenaron las cabezas aquellos montañeses de las minorías, á quienes prosperaran ellos con sus increíbles perplejidades, generadoras de sus serviles complacencias. No se hubiera llevado á término el proceso de Luis XVI; no se desbocaran, como se desbocaron, los jacobinos; el terrible movimiento que descabezó á la Gironda, jamás viniera y jamás se levantara la dictadura de Robespierre, si los diputados de la llanura, temerosos del dictador, no cedieran á la dictadura el número de sus votos y no arrancaran las lenguas de Vergniaud y de Danton en aquel aquarellar, con sus manos trémulas, á los estremecimientos del pánico. Tener la mayoría los conservadores en este Parlamento y entregarse de grado al gobierno de los radicales, parécenos una derogación tan inverosímil de la imperiosa lógica y de la eterna moral, que todos nos frotamos los ojos para ver si padecemos ó no, en una especie de magnético estado, tristísima fascinación. Bien es verdad que Brisson, fiero hasta la rigidez; meditabundo y silencioso; con aquella mirada de una serenidad imperturbable y con aquellos labios de una firmeza indecible; más parecido á efígie ó simulacro religioso que á persona política militante; sin necesidades, por lo mismo que tiene también pocos afectos; sin grandes dudas, cual todos aquellos que nada piensan y mucho marcan en el arte de producir ideas propias ó cosechar ideas ajenas; inflexible, intransigente, indomable, da una prueba de flexibilidad, según pudiera darla cualquier florentino educado en las obras de Maquiavelo; abandona, por inservible ó anticuado, el pabellón radical, bajo cuyos pliegues ha vencido, tomando el programa conservador sin impuesto progresivo ni revisión constitucional, como cualquier oportunista vulgar ó como cualquier católico resellado en la República por los consejos de León XIII. ¡Adiós, catonismo de Brisson; adiós, inflexibilidad!

Algo semejante pasa en Italia. Después del retroceso intentado por Visconti-Venosta, la cosa pública queda en el mismo ser y estado según hace poco estaba, formándose ahora el ministerio Pelloux, tomado en la opinión, por presidirlo un general, como verdaderamente reaccionario, cuando el general pertenece á la extrema izquierda de los partidos gobernantes. Amigo del gran patriota Cairoli; gobernador militar de varias provincias donde ha gobernado civilmente; muy devoto de la monarquía, pero sin divorciarla de la tradicional libertad por ella personificada; muy circunspecto y poco gárrulo, Pelloux ha compuesto su gobierno con moderados de la izquierda y espera en el Parlamento un voto demostrativo de que las instituciones parlamentarias, siquier adolezcan de una gran decadencia, no resultan en la práctica ni perturbadoras, como quieren sus numerosos enemigos, ni contrarias al orden y á la estabilidad. El horizonte italiano acaba, pues, de serenarse un poco. No se ha serenado de igual manera el horizonte austriaco. La fuerza y prestigio del emperador se han en estos últimos días aminorado mucho por haber tenido éste que dar un golpe de Estado parlamentario, mandando cobrar los tributos durante seis meses sin anuencia de las Cortes, ó sea de las Dietas, y por tener que dirigir sus más fieles tropas contra los poloneses de Galitzia, tomados de la embriaguez antisemítica y factores de una guerra civil espantosa. Con estos embarazos de la política interior únense mayores embarazos todavía provenientes de la política exterior. Praga, ciudad aspirante á representar en el Imperio papel análogo al representado por la húngara Pesth, acaba de celebrar estos días una gran fiesta, el centenario de su historiador Palacky, maestro verdadero de la historia nacional, en que pretende levantarse la nacionalidad checa. Y en estas fiestas un general ruso, germanófono, no de nacimiento, de abolengo, ha pronunciado cierto discurso-brindis, conjurando el ánimo de todos los esclavos á una cruzada contra todos los alemanes, en requerimiento y defensa de gran confederación entre todos ellos, la cual confederación preserve y salve al Oriente de las corrupciones occidentales, condensadas todas en los personajes, en los institutos, en los libros germánicos. Añadid á esto las necias maniobras del rey Milano en Servia; la inquietud creciente de Macedonia; los combates periodísticos empeñados entre la corte de Viena y la montaña negra del príncipe Nikita; los dolores de la martirizada Grecia; y decidme luego si hay motivos ó no para creer en un movimiento regresivo y para tristemente aguardar una irreparable catástrofe, cayendo sobre todos nosotros y destrozando á la infeliz Europa.

Sax, 16 de julio de 1898.



D. ALEJANDRO PIDAL

No se dirá que la región asturiana es parca en ofrecer á la nación hombres eminentes. Reducido es el *terruño*, escaso el número de almas que encierra, y sin embargo, apenas hay época en la historia contemporánea en que no figuren algunos hijos de aquel para mí tan querido país.

D. Alejandro Pidal es asturiano y antes haría el mayor de los sacrificios que dejar de ir á Somió, su residencia en Asturias. Allí es donde pasa los días más felices. Lejos del bullicio de la Corte, reposando de las fatigas que la política le impone, rodéase de su numerosa familia y goza durante la temporada veraniega la tranquilidad más absoluta.

De apostura gallarda y simpática presencia, largos cabellos peinados hacia atrás y luenga y blanca barba, es Pidal una gran figura. No influye esto poco en sus discursos, pues con su vehemencia, su facilidad de palabra, el timbre claro y agradable de su voz poderosa, subyuga, atrae, conmueve á su antojo al auditorio.

Cuando, siendo más joven, dedicábase con ardor á la gimnasia, llegó á adquirir tal fuerza, que sus amigos, al verle andar resuelto, agitando al aire sus larguísimos cabellos (que entonces los *usaba* más largos), llamábanle *el león del Retiro*. Más tarde, cuando escaló los altos puestos que nuestra patria le ha conferido, pudo llamársele *el león de la política*.

Asombra su fuerza de voluntad. Pidal es un temperamento ante todo. Es del temple de aquellos hombres que no retroceden ante nada para conseguir el triunfo de una idea si consideran ésta noble y levantada. Voluntad de acero, si se propone un fin le medita mucho antes, y después consigue lo que se propone. Es, en fin, una inteligencia poderosísima, un talento que hace honor á la patria del conde de Toreno y D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

El Sr. Pidal y Mon ha cultivado con verdadero ardor todos los *deportes*.

Después de la gimnasia, que fué su pasión juvenil, dedicóse á la esgrima. Frecuentó las salas de armas y llegó á ser uno de los más consumados tiradores.

Pero la pasión de toda su vida ha sido la caza. Tres veces ha estado en inminente peligro de muerte durante otras tantas cacerías. En los Picos de Europa, en Gijón y en Mérida pudieron costarle caras sus aficiones venatorias, porque arrojado y decidido desprecia los peligros, y confiando en su destreza y agilidad, se arriesga demasiado.

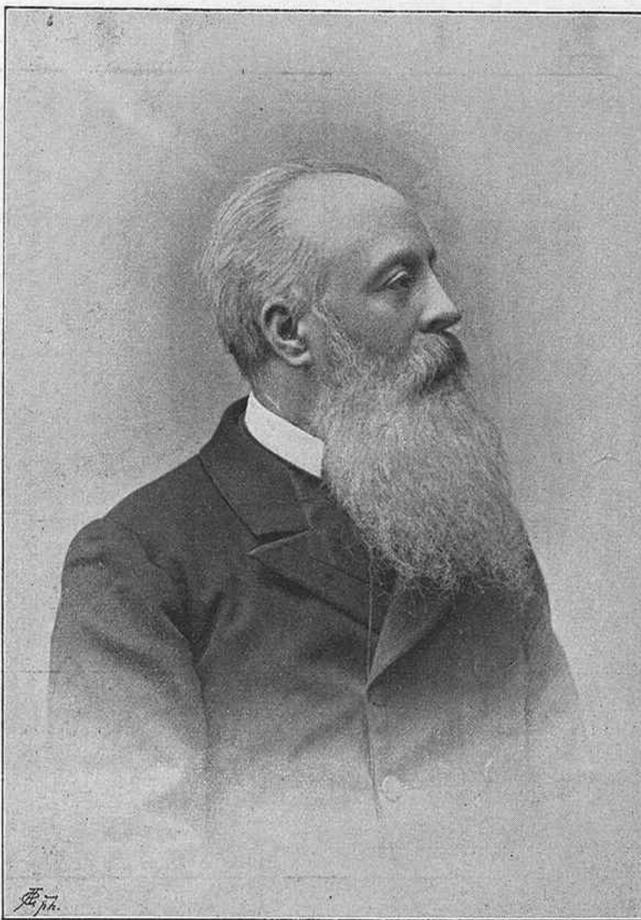
Aún hoy es consecuente aficionado á este saludable ejercicio, y siempre que tiene ocasión forma parte de las cacerías que se organizan. Sobre todo en Asturias, donde la caza mayor es un incentivo que atrae poderosamente á los aficionados, no falta jamás á cuantas excursiones se preparan si sus ocupaciones no se lo impiden.

Cuantos han asistido con él á alguna de estas excursiones, admiran su serenidad, la pasmosa destreza del cazador experto y el valor temerario que le caracteriza. El malogrado rey D. Alfonso XII profesaba al Sr. Pidal gran amistad, no sólo porque admiraba en él al gobernante de dotes excepcionales, sino porque enamorados ambos de los placeres cingéticos eran consecuentes compañeros en cuantas cacerías organizaba el difunto monarca.

Estos ejercicios, su vida sobria y ordenada, han hecho de D. Alejandro Pidal una naturaleza privilegiada.

Sólo siendo de hierro se comprende que trabaje tan infatigablemente. Escribe, da una conferencia

en un círculo, pronuncia un discurso en el Ateneo, despacha sus asuntos, y en esos días de crisis ministerial ó cuando un asunto importante se debate, el Sr. Pidal va de un lado á otro, visita á este personaje y á aquel ministro, conferencia con unos, arenga á los otros, suaviza asperezas, evita rozamientos y convence á todos si se lo propone. A pesar de sus vehemencias y el carácter impe-



D. ALEJANDRO PIDAL
(de fotografía de F. Debas, Madrid)

tuoso que distingue á este eminente hombre público, jamás ha cometido, ni en la discusión más encarnizada, la más ligera inconveniencia. Correcto hasta la exageración, no se perdonaría nunca una falta, y aunque dadas sus condiciones y fogosidad de oratoria hubiera sido de fácil disculpa, es lo cierto que sabe reprimir sus ímpetus.

Ni aun cuando en su juventud discutía con el señor Cánovas y éste le llamaba *preopinante*, deliberadamente, como dando á entender que no conocía el nombre de aquel diputado; ni aun entonces perdió su serenidad el Sr. Pidal, pues se limitó á hacer un inciso en su discurso y decir al difunto ex presidente del Consejo de ministros:

— Sr. Cánovas, el *preopinante* se llama Alejandro Pidal.

Esa misma impetuosidad, el tono levantado de su oratoria, han sido causa principal de que el Sr. Sagasta hiciera alguna frase afortunada. Ejemplo cuando en una sesión del Congreso el Sr. Pidal, queriendo explicar cierta inconsecuencia, hablaba de la tesis y de la antítesis para reducir después la idea y sintetizarla. El Sr. Sagasta, que escuchaba atentamente, interrumpió al Sr. Pidal, diciéndole desde el banco azul:

— Eso no es tesis ni es antítesis...

— Pues ¿qué es?, preguntó á grandes voces el señor Pidal asombrado de la interrupción.

Y le replicó D. Práxedes tranquilamente:

— Eso es... ¡frescura!

La impetuosidad es la nota más saliente de su temperamento.

Un detalle que no deja de tener cierta importancia: la nodriza que amamantó al Sr. Pidal fué una célebre contrabandista, esforzada mujer que se hizo famosa porque sostuvo en diversas ocasiones verdaderas batallas con los carabineros.

D. Alejandro Pidal está unido en matrimonio con su virtuosa compañera actual, hija del señor marqués de Campo Sagrado, célebre en Asturias por su estirpe y porque fué un valiente cazador de osos.

Conocida de todos es la silueta política del Sr. Pidal, y por consiguiente, en estas breves notas no he de tratar yo tal asunto.

Interesa más á las gentes conocer la vida íntima de sus grandes hombres, las aficiones que los caracterizan, sus gustos, sus impresiones. Y es preciso ser indiscreto, curiosear todas las intimidades, enumerar una vez y otra cuantos objetos y caprichos encierran las estancias de las casas que habitan, el estilo de los muebles, el aspecto interior, todo, en fin, cuanto vaya encaminado á investigar poco menos que la vida privada del personaje biografiado.

Pues bien: en casa de D. Alejandro Pidal no es posible esto. Claro está que no se comprendería el despacho de este hombre público si le tuviera atestado de porcelanas, *bibelots* y todos esos caprichos que tanto embellecen las residencias de nuestros artistas. No; en casa del señor Pidal la más austera severidad reina despóticamente.

Su despacho, sencilla y seriamente amueblado, no deja por esto de contener verdaderas joyas, pero todo él está en consonancia con los gustos de su dueño.

Sobre la mesa, de las llamadas de ministro, hay siempre un diluvio de papeles, cuartillas, libros, etc., destacándose principalmente la escribanía de plata repujada, un retrato del señor Pidal y un crucifijo de incalculable valor artístico.

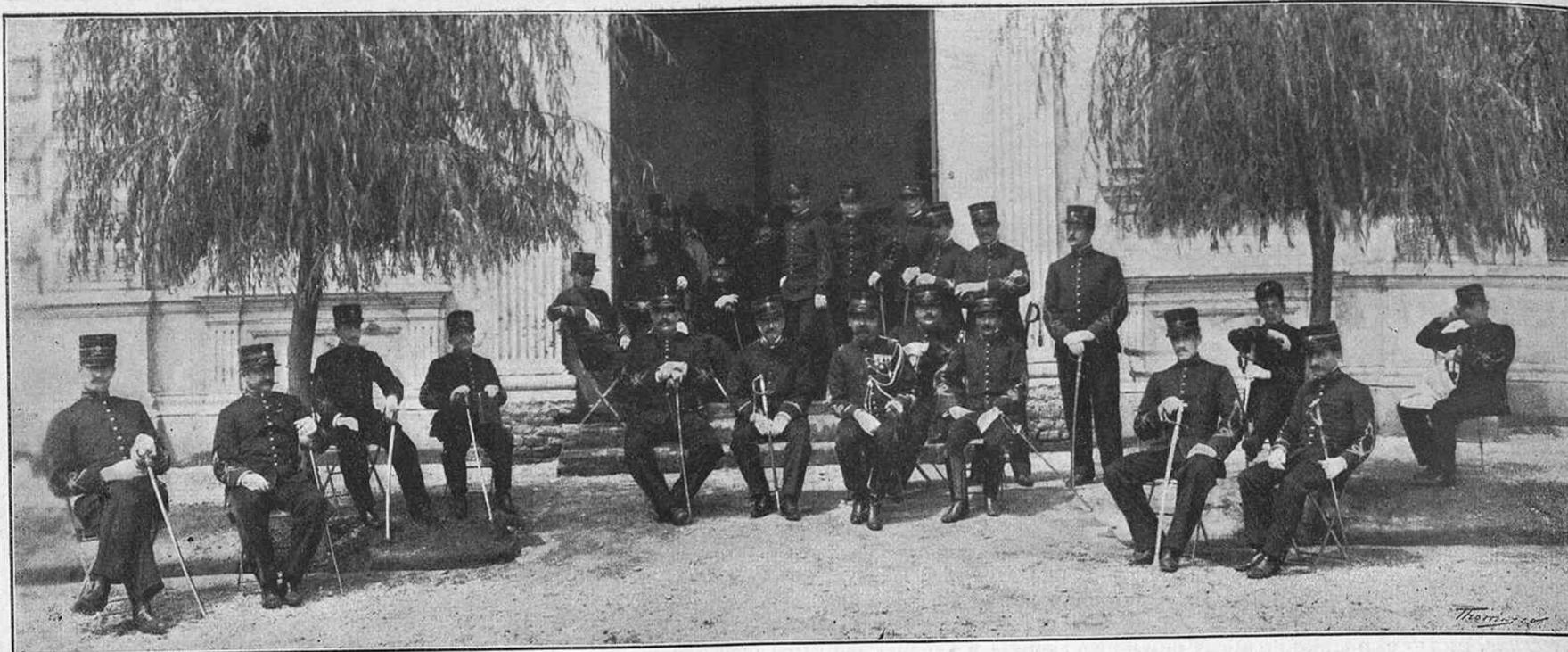
Para encerrar unas cuantas reliquias cuya posesión representa una fortuna, D. Alejandro Pidal hizo construir un mueble que acredita su gusto artístico. Imita un fuerte de la Edad Media, con sus torres almenadas y su rastrillo. Pende del muro en un ángulo de la habitación y encierra el único ejemplar que hoy existe del *Poema del Cid*, primer libro escrito en romance castellano. Este valioso manuscrito del siglo XII lo heredó el Sr. Pidal de su padre D. Pedro José, el gran historiador de nuestra literatura.

Acompañanle en su cautiverio un valioso tríptico, un relicario de Santo Tomás de Aquino, un sello auténtico del famoso arzobispo de Toledo Ximénez de Rada y un joyel de D. Alfonso el Católico, encerrado en una primorosa vitrina.

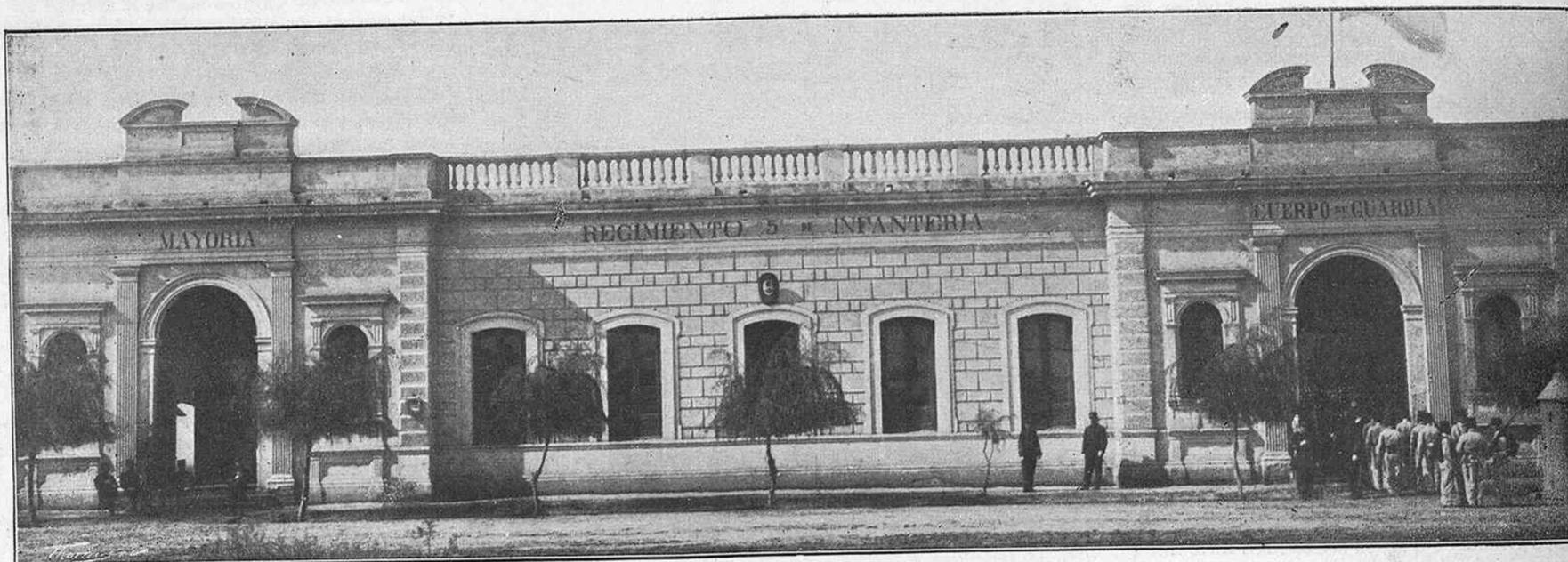
Estas joyas necesitaban estar bien guardadas, y es por consiguiente muy acertada la idea del Sr. Pidal para asegurarlas en un fuerte de su invención.

Adornan además la estancia un escudo de armas labrado en Oviedo, obsequio hecho al eminente hombre público por el Cuerpo de Archiveros; una fotografía en gran tamaño donde aparecen retratados el inolvidable P. Ceferino González y sus predilectos discípulos D. Alejandro Pidal y el Sr. Pérez Hernández, y repartidas por la estancia algunas otras curiosidades.

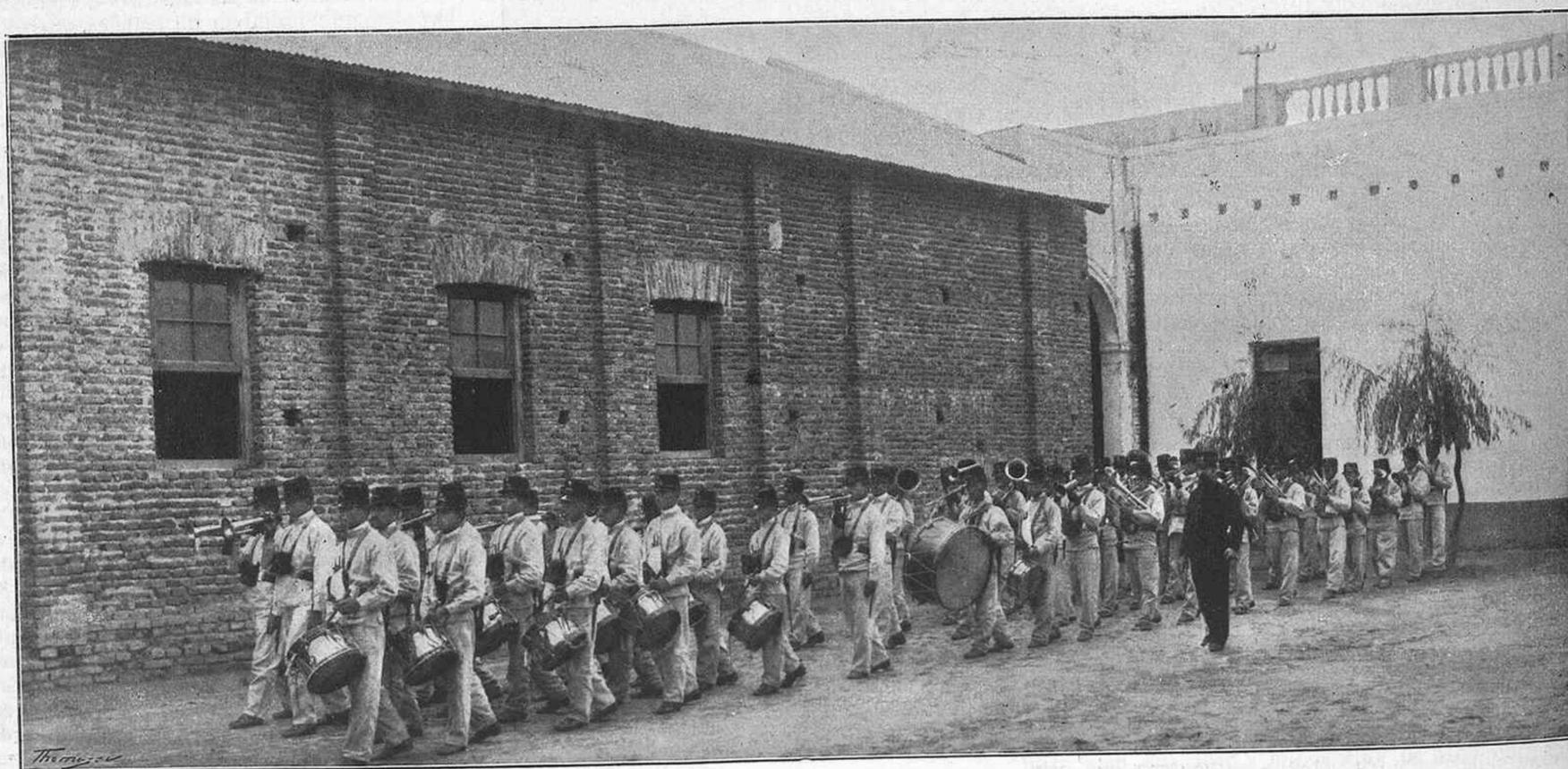
En una vitrina colocada en uno de los lados del despacho guarda el Sr. Pidal cuidadosamente un rifle de fabricación moderna y un retrato del difunto monarca D. Alfonso XII con la siguiente dedicatoria:



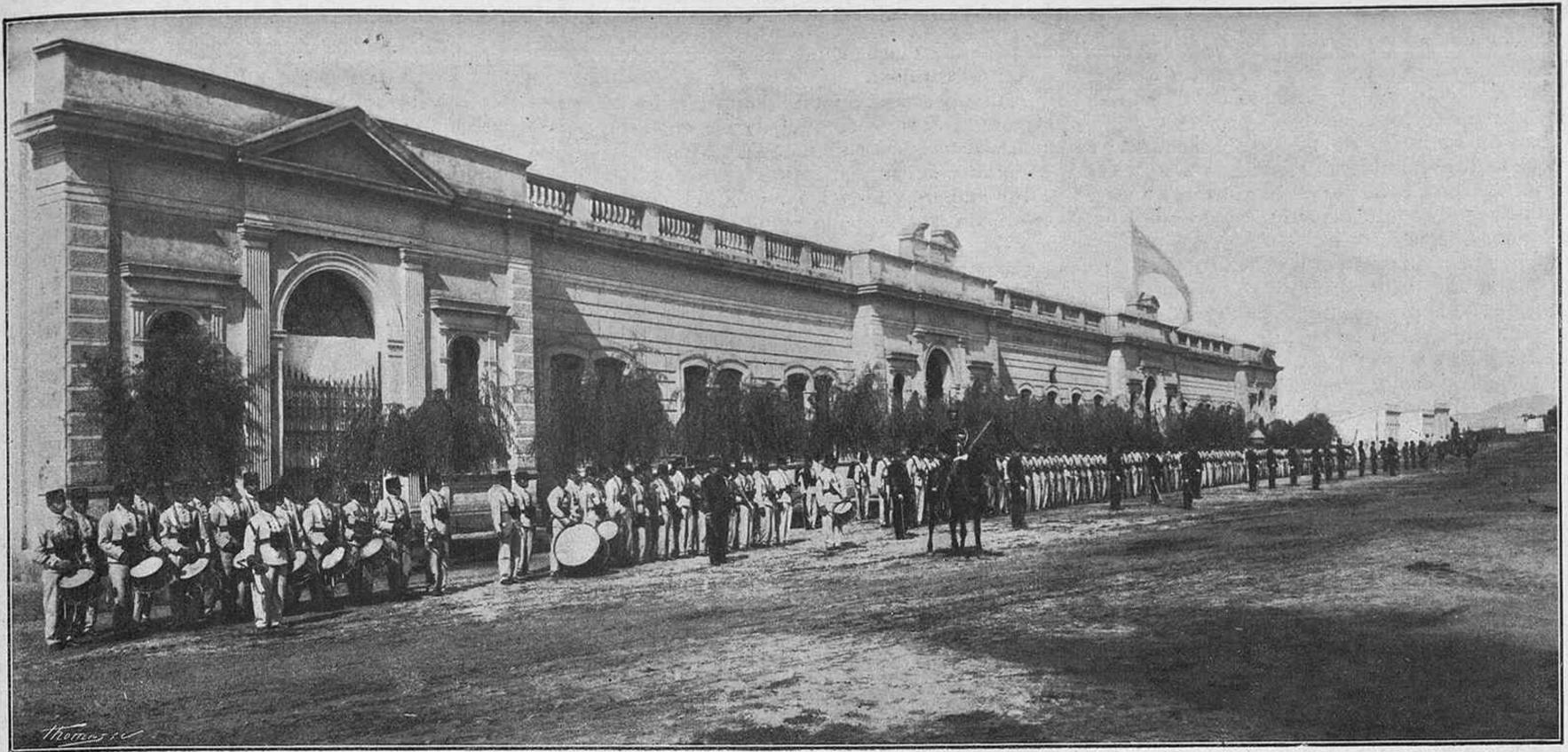
REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - GRUPO DE OFICIALES DE INFANTERÍA
 (de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)



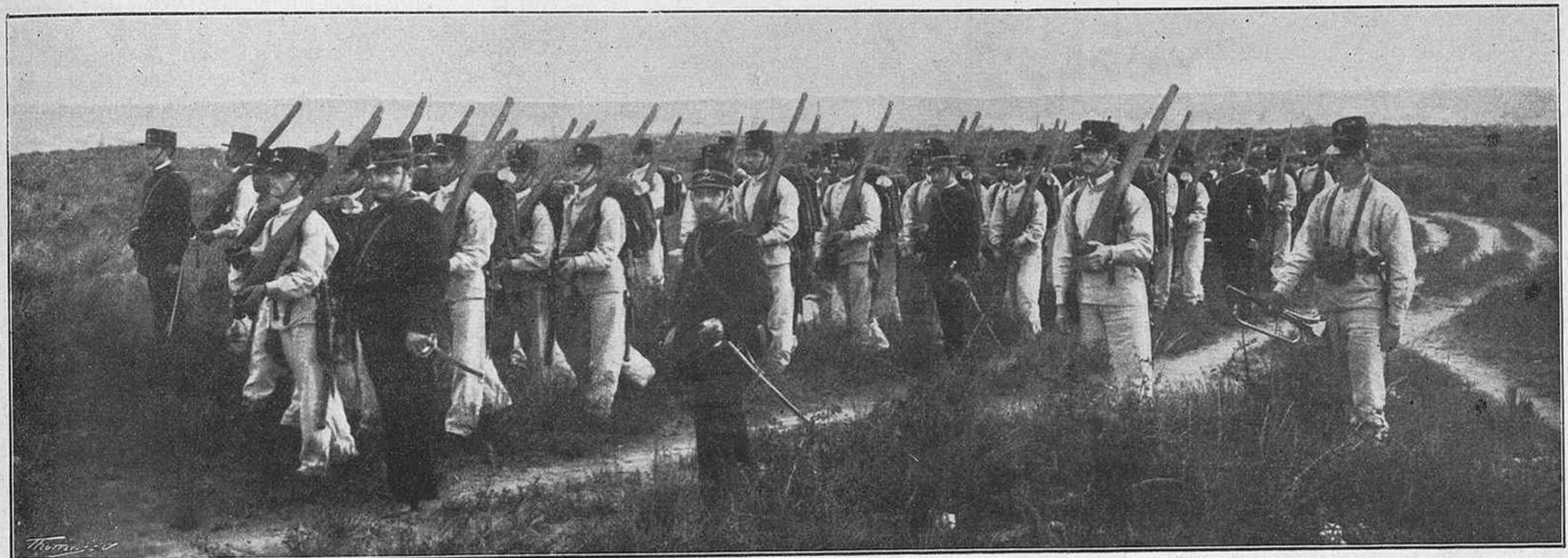
REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - CUARTEL DEL 5.º REGIMIENTO DE INFANTERÍA
 (de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)



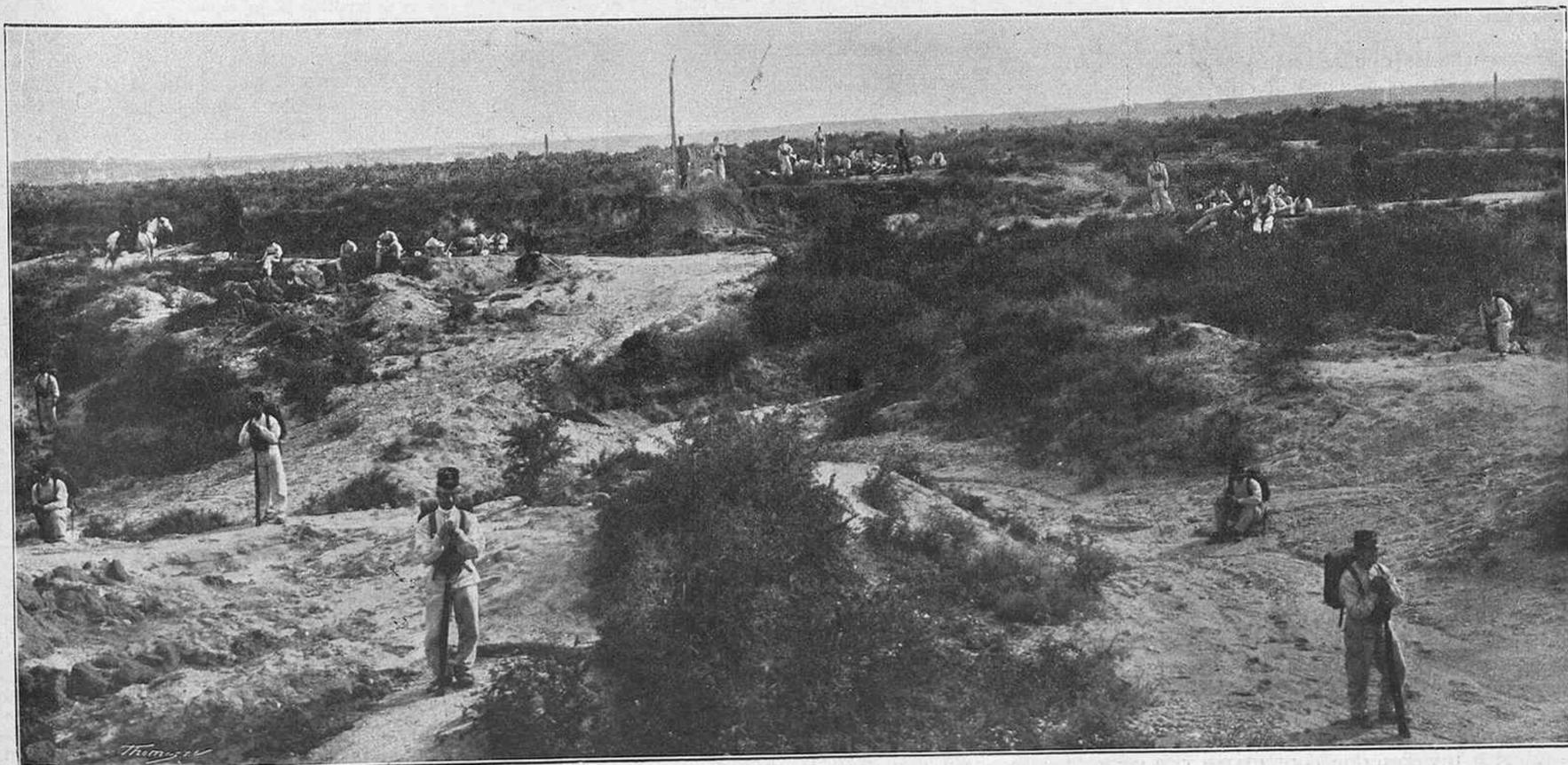
REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - BANDA DE MÚSICA, TAMBORES Y CORNETAS DE UN REGIMIENTO DE INFANTERÍA
 (de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)



REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - BATALLÓN 5.º DE LÍNEA
(de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)



REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - BATALLÓN DE INFANTERÍA EN MARCHA
(de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)



REPÚBLICA ARGENTINA. - LA VIDA MILITAR. - MANIOBRAS DE INFANTERÍA
(de fotografía de Félix T. Tey, Córdoba)

«Recuerdo de La Granja y de un compañero que iba con Alejandro Pidal á cazar al fin del mundo.»

Todo esto contiene el gabinete de trabajo del ex presidente del Congreso.

Acercas de su modo de trabajar únicamente se sabe que tiene costumbre de reunir las obras de consulta que necesita para desarrollar el tema una vez elegido. Luego bosqueja el plan trazando un croquis geométrico. Después desarrolla el trabajo sin detenerse, pues nadie ignora que el Sr. Pidal es el orador más veloz que hoy se conoce. (Prueba de ello los apuros de los taquígrafos, que se echan á temblar en cuanto Pidal pide la palabra.) Más tarde repasa el trabajo corrigiendo citas y estilo. Antes de comenzar á escribir lee un capítulo de las obras de fray Luis de Granada, ó un párrafo de Renán, y mientras trabaja tiene ante sus ojos, sobre la mesa, una estatua de Santo Tomás de Aquino, su ídolo.

En la actualidad, el Sr. Pidal es ferviente partidario de la hidroterapia... Como el médico de *Zaragüeta*, cree en todas las terapias...

Las teorías del abate Knneip le parecen de excelente resultado y las cultiva fervorosamente, hasta el extremo de que todos los días antes de comer toma un baño frío de pies, calzándose sin secarse.

Y con esto doy término á la semblanza del Sr. Pidal... Ese es el hombre: sencillo y de ameno y agradable trato. El político... la posteridad se encargará de juzgarle con la justicia que se merece.

JOSÉ JUAN CADENAS

EL MIRLO

(LOS RECUERDOS DE UN CURIAL)

En aquellas horas interminables de la guardia, durante las cuales era preferible que tuviéramos trabajo á permanecer inactivos bostezando de aburrimiento en un rincón ó paseando para no dormirmos por las solitarias galerías del juzgado, habíamos dado en la manía actuarios y escribientes de que el «señor Roque,» aquel alguacil muy culto é instruído que había conocido á Calomarde, nos contase historias del tiempo viejo, más ó menos verídicas, pero siempre entretenidas y curiosas.

Una noche de noviembre, fría como del mes de enero y monótona como una de agosto — que ya es sabido que es cuando menos hay que hacer en el juzgado de guardia, — el Sr. Roque nos refirió lo siguiente:

— Se trata de *eso* que ahora llaman ustedes un *crimen pasional*, empezó diciendo el alguacil, pero que no deja de tener su intrínseco.

Figúrense ustedes que Antonio y María, que se amaban con el frenesí y el entusiasmo de la juventud, sostenían relaciones desde hacía unos tres años. Empezaron á quererse cuando todavía eran unos niños, y lo que había principiado por poco más que un juego infantil, llegó á convertirse en verdadera pasión.

Para María era indudable que eran aquellos sus primeros amores; de Antonio tal vez hubiera podido decirse lo mismo, si alguna aventurilla de estudiante, fugaz y pasajera, no hubiese sido compatible en alguna ocasión con el serio cariño que profesaba á su novia.

¡Cuánto se querían! Parecían nacidos el uno para el otro: ella no sabía salir sola á la calle sin ir acompañada de su novio, ni ir de paseo con sus padres sin tener en su camino á su Antonio. Él ni tenía seguridad en lo que estudiaba, ni firmeza en lo que hacía, y pensando siempre en la muchacha, apenas si tenía tiempo para pensar en otros asuntos.

A medida que crecían los muchachos, crecía también el afecto que mutuamente se profesaban; pero no hay bien ni mal que cien años dure, ni mucho menos tampoco, y los padres de ambos novios se opusieron resueltamente á unas relaciones que ya formales y decisivas, llevaban camino en breve plazo de acabar en la iglesia.

Vigilados muy de cerca por sus familias respectivas, los novios tuvieron que contentarse con verse de lejos y escribirse algunas cartas que no siempre llegaban á su destino.

La terquedad de los padres, á la verdad no basa-

da en fundamento alguno serio, comenzaba á dar sus desastrosos frutos.

Antonio estaba á punto de no terminar la carrera; María estaba expuesta á caer enferma, ambos adelgazaban, y ya enfermo el espíritu, comenzaba á debilitarse la materia.

Sin embargo, los dos enamorados, con el mismo tesón con que hubieran podido defender su propia

candoroso dúo de amor, con el retumbar de sus pisadas ó el bostezo lánguido del sueño.

Únicamente los separados barrotes de la reja impedían que Antonio y María se enlazasen en el honesto abrazo de su amor, pero entre aquellos hierros rectos y fríos bien cabía un beso, y acaso al calor de alguno de ellos, brotó avasalladora la pasión.

Líbreme Dios de echar la culpa á nadie; pero ¡caramba!, yo creo que la familia con sus prohibiciones ridículas había convertido en volcán lo que fué un brasero.

Bueno, pues ello fué como cuando el amor avasalla, siempre lleva su séquito de celos, Antonio principió á sentirlos débilmente, hasta que al proponer cierta noche á la joven un rapto con el fin de acabar aquella anómala situación y negarse ella indignada contra lo propuesto por el novio que ya aspiraba á amante, los celos empezaron á fortalecerse.

No faltó por entonces quien, sin saberlo acaso, derramó el veneno de la calumnia sobre las heridas que en el corazón tenía Antonio, y éste ya tornóse desconfiado é incrédulo respecto á la fidelidad de María.

Debía ser cierto que lo mismo que á él, con igual sigilo y por medios análogos, una hora antes de aquella en que su novia salía á verle, María conversaba también todas las noches con otro hombre.

Consultó sus temores el atribulado Antonio con dos de sus mejores amigos, y se le echaron á reír llamándole tonto y poniendo en duda el cumplimiento que de las promesas hechas por una mujer puede hacer ésta.

Aquello era un «noviajo» — decían los cariñosos amigos del enamorado, — que le estaba poniendo en ridículo. ¿Qué duda había de que le engañaban?

Antonio ya no quiso saber más, y una noche de invierno, embozado hasta los ojos, se situó cerca de la casa de su novia, bajo la sombra que proyectaba un balcón, y esperó.

De pronto un agudo y prolongado silbido, de iguales notas y modulaciones que los que él solía dar todas las noches, hendió los aires y se perdió en las lejanías de la calleja.

Antonio cruzó á la otra acera, miró y remiró, pero en la calle no vió á nadie. Y sin embargo, el silbido, su propia señal, se repetía cada vez más agudo para clavarse en los oídos como afilada aguja.

Acercóse arrimado á la pared sin que pudiesen observarle desde la reja, delante de la cual le pareció ver una sombra, sonó otra vez más fuerte el silbido, oyóse ruido de goznes y fallebas, y apareció la encantadora figura de María dibujándose tras los hierros.

— ¿Eres tú, bien mío?, preguntó con sin igual candor una voz de niña.

Y dos fuertes detonaciones sonaron en el aire, mientras allá en lo alto seguía sonando el pícaro silbido, siempre igual, con todas sus notas y modulaciones.

— ¿De modo que?.., preguntó uno de nosotros al Sr. Roque.

— Que Antonio mató á su novia que le quería con delirio, dijo el alguacil sin dejar terminar la pregunta. ¡Si vieran ustedes cómo lloraba luego el desgraciado!

— Pero no comprendemos...

— Es sencillo: un maldito mirlo que dejaban en un balcón y había aprendido á silbar igual que Antonio. Lo demás se lo forjó al muchacho su loca fantasía, esos celos que son peores que todos los mirlos juntos.

P. GÓMEZ CANDELA



PRECIOSA, cuadro de Roman Ribera

vida, de igual manera que el que obra en defensa propia, pues para ellos la existencia era inútil é imposible sin aquel amor, buscaron un lenitivo á su pesar, y contra vigilancia, consejos y prohibiciones, lograron verse todas las noches.

Ya dadas las doce, María se levantaba de puntillas al oír en la desierta calle el convenido silbido de Antonio, y se dirigía á obscuras á la reja, elevada no más de medio metro del suelo, donde de pie, inmóvil, como una figura clavada en la acera, esperaba el novio á que con gran sigilo se abriesen las vidrieras.

Luego comenzaba aquel coloquio, siempre el mismo; aquel idilio repetido igual todas las noches, que se prolongaba en ocasiones hasta que las primeras claridades del alba empezaban á asomar por el Oriente.

Por la apartada calle rara vez transitaba alguien; el trasnochador que andando muy de prisa pasaba de largo, el vagabundo que se acomodaba en el quicio de una puerta para dormir tranquilo sobre la almohada de piedra que le ofrecía un escalón, y el sereno que rara vez abandonaba la lejana esquina para avanzar, semejante á extraordinario gusano de luz, con el farolillo encendido que brillaba en las tinieblas como un punto luminoso, eran las únicas personas que solían romper la monotonía de aquel

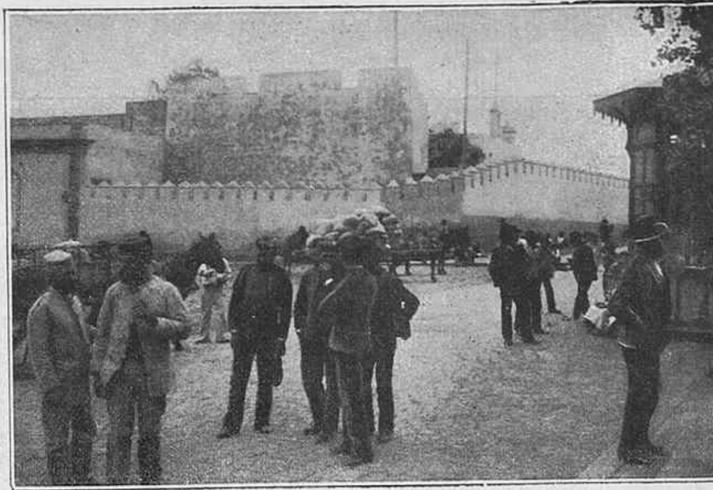
CRONICA DE LA GUERRA

El rumor que consignábamos en nuestra última crónica se ha confirmado desgraciadamente, como temíamos: Santiago de Cuba capituló el día 16, y el 17 entraron las tropas yanquis en la ciudad. Las negociaciones preliminares fueron difíciles y duraron varios días, durante los cuales llegaron á la península las noticias más contradictorias, suponiendo unos que la plaza se había rendido ya, y afirmando otros que, lejos de ser esto así, habíanse roto nuevamente las hostilidades. Según parece, los norteamericanos se mostraban muy exigentes pidiendo que Santiago se rindiera á discreción, á lo que oponiase naturalmente el general Toral.

La enérgica actitud de éste, secundada por todas las fuerzas que guarnecían la plaza, debió impresionar al generalísimo del ejército enemigo, pudiendo al fin llegarse á la capitulación más honrosa que pudieran esperar los más exigentes. Las condicio-



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Plaza de la Constitución (de fotografía)



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Grupos de soldados (de fotografía)

El primer acto de los yanquis al apoderarse de la primera plaza en la isla de Cuba ha sido izar en ella la bandera norteamericana, y el segundo nombrar gobernador militar al general yanqui Mackibben: en cuanto al gobierno de Washington, la primera medida adoptada por Mac Kinley ha consistido en un documento dirigido al ministro de la Guerra dictando disposiciones para el gobierno de los territorios ocupados, estableciendo leyes especiales para los habitantes de Santiago y ciudades inmediatas donde se plante el pabellón de los Estados Unidos, señalando reglas para el comercio de los puertos, creando impuestos, etc.

¿Se van enterando los aliados de Shafter? ¿Se convencerán al fin Máximo Gómez, Calixto García y demás inocentes, de que la república cubana sin yanquis y con yanquis (más con yanquis) entra definitivamente en la categoría de los

mitos, y de que la famosa estrella solitaria, caso de que llegara a brillar en el firmamento, sería a lo sumo una de tantas entre las cuarenta y cinco que constituyen la constelación norteamericana?

nes de la capitulación fueron las siguientes: la capitulación comprendería las tropas y el material de guerra de la división de Santiago de Cuba, comprometiéndose los Estados Unidos a transportar a España a las fuerzas españolas a la mayor brevedad posible; las tropas saldrían de la plaza con todos los honores de guerra depositando después las armas en lugar designado de común acuerdo para esperar la disposición que acerca de ellas adoptara el gobierno yanqui, siendo casi seguro que los comisionados norteamericanos recomendarían que se permitiera a los soldados españoles volver a España con las armas que tan valientemente habían defendido; los oficiales llevarían consigo su armamento, y ellos y los soldados los efectos de su propiedad particular, así como los archivos y la documentación militar: la marina seguiría la misma suerte que el ejército; los voluntarios y movilizados que quisieran continuar en la isla se quedarían en ella entregando las armas y dando palabra de honor de no tomarlas de nuevo en la actual guerra contra los Estados Unidos.

En virtud de lo estipulado en estas condiciones, a la mañana del día 18, después de haber salido con todos los honores las tropas españolas de Santiago, los yanquis tomaron posesión oficial de la plaza izando la bandera norteamericana en el palacio del gobernador y dejando al Ayuntamiento existente, aunque bajo la intervención del general Mackibben, nombrado provisionalmente gobernador militar.



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Cañones de grueso calibre (de fotografía)



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Las obras de tierra y los fuertes vistos a gran distancia (de fotografía)

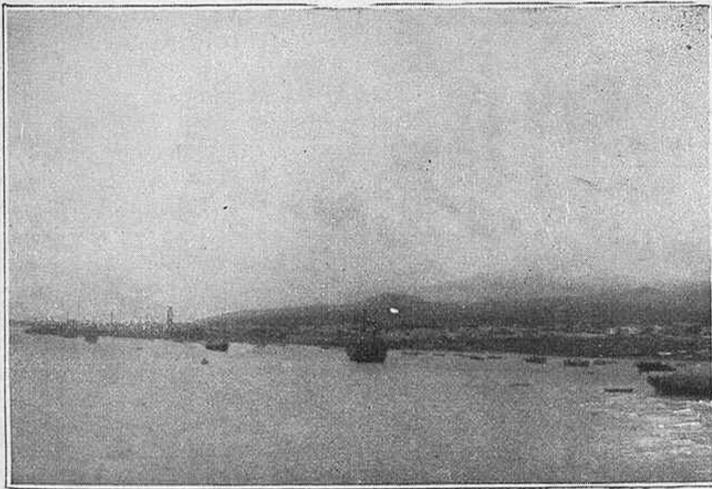
El desencanto habrá sido terrible para los que creyeron en el desinteresado apoyo, en los móviles humanitarios de los Estados Unidos; pero el arrepentimiento habrá llegado tarde. De todos modos, si es cierto, como se asegura, que se han agravado las disensiones entre los insurrectos cubanos y las tropas yanquis, los intentos de éstos de ir extendiendo su ocupación en la isla pueden sufrir grandes contratiempos.

Los yanquis se proponen ahora desembarcar en Manzanillo, cuyo bombardeo han comenzado.

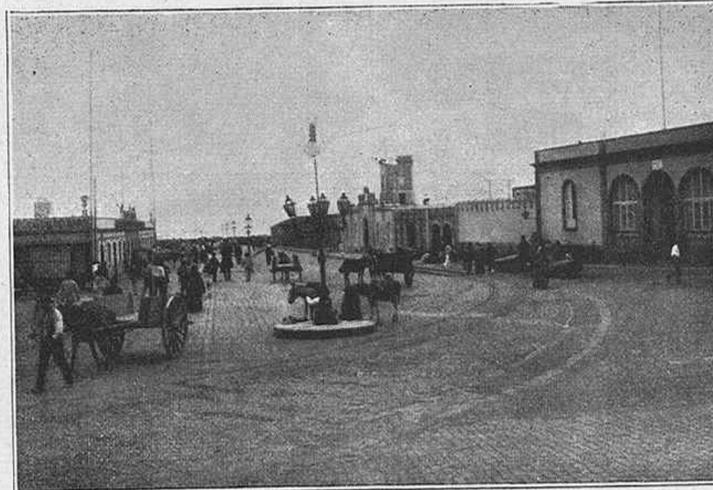
No se sabe aún cuándo se pondrá en movimiento la escuadra de Watson, la cual, en caso de venir a Europa, intenta, según parece, atacar en primer término las islas Canarias. Por esto creemos de interés reproducir las vistas que en esta página publicamos.

La situación de Manila reviste la misma gravedad: las últimas noticias oficiales de allí recibidas son del día 14, fecha en que el general Agustín telegrafaba que se había reforzado la línea exterior, que los rebeldes habían sufrido numerosas bajas en dos rudos ataques y que se defenderá hasta el último extremo.

Las noticias particulares dan cuenta de que entre el comodoro Dewey y el almirante alemán Diederich existe una gran tirantez de relaciones, y aun parece que, a consecuencia de ciertos actos del segundo, el primero le ha dirigido una intimación que no sabemos cómo tomará el emperador Guillermo. - A.



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - La ciudad vista desde el mar (de fotografía)



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Una calle en un barrio extremo de la ciudad (de fotografía)

Dos regimientos norteamericanos quedáronse en la ciudad de Santiago de Cuba para mantener el orden. Las fuerzas españolas acamparon fuera de las líneas americanas, en donde permanecerán hasta el momento en que se embarquen para la península.

El número de prisioneros españoles asciende, según telegramas de Washington, a 22.780 y las armas y municiones entregadas consisten en 10.000 fusiles y 10 millones de cartuchos. Noticias también de origen yanqui dicen que el aspecto de la población era tristísimo y que los soldados españoles, extenuados por la escasez de alimentos, parecían más bien que hombres esqueletos.

¡Qué mayor elogio pudiéramos hacer del valor, de la resistencia, de la resignación de nuestro valeroso cuanto sufrido ejército! La defensa de Santiago, como ya lo decíamos en nuestra anterior crónica, ha traspasado los límites del valor: nuestros soldados han luchado hasta el último momento, y sólo han capitulado cuando, vencidos por el hambre, cercados por todas partes y sin esperanza de recibir auxilios del exterior, persistir en la resistencia hubiera sido, no bravura, sino temeridad loca.



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Patrulla de caballería (de fotografía)



ISLAS CANARIAS. - Santa Cruz de Tenerife. - Patrulla de infantería (de fotografía)



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA..., cuadro de Julio Boquet



SOLDADOS DE LA PAZ, dibujo original de Vicente Cutanda

NUESTROS GRABADOS

Alrededores de Sevilla.—Recuerdo de Sevilla.—Recuerdo de Alcalá de Guadaira, cuadros de Manuel García Rodríguez.—Otros tres bellísimos apuntes de la hermosa sultana del Guadalquivir nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores el distinguido paisajista sevillano Sr. García Rodríguez, quien en cada uno de ellos da testimonio de su buen gusto y de las dotes que posee para el



ALREDEDORES DE SEVILLA, cuadro de Manuel García Rodríguez

cultivo de este género de pintura. Así en el cuadro en cuyo fondo se destaca la Giralda, como en los que representan las orillas del caudaloso río, vese el cuidadoso interés del artista para avalorar las bellezas de aquellos lugares, siempre prefiados de atractivos y propios para inspirar al pintor y al poeta. La naturaleza, allí pródiga y exuberante, preséntase embellecida con todas sus esplendentes galas, que el autor de los cuadros que reproducimos ha logrado trasladar al lienzo con fidelidad y recomendable acierto.



RECUERDO DE SEVILLA, cuadro de Manuel García Rodríguez

En el baño, cuadro de Virginia Demont-Breton.—La autora de este lienzo se ha conquistado gran renombre en Francia y en todas partes en donde al arte se rinde culto: sus obras no parecen trazadas por femeniles manos, inclinadas por regla general á delicadeces de factura, pues en su dibujo y en su colorido predominan las líneas firmes y los tonos vigorosos. Sólo en el fondo de sus cuadros, en el elemento psicológico, se advierte el sentimiento de que difícilmente se

desprende la mujer. Tal sucede en el que reproducimos en la primera página de este número: la grandiosidad con que está tratado el mar, el vigor con que aparecen trazadas las figuras, todo en él revela varoniles energías; pero la cariñosa solicitud de esa madre, el modo como estrecha entre sus brazos á su hijo, el ademán con que protege el ser débil contra los embates de las olas, constituyen otros tantos detalles que como nadie sabe comprender el corazón femenino y que únicamente guiado por este corazón puede el pincel ejecutar.

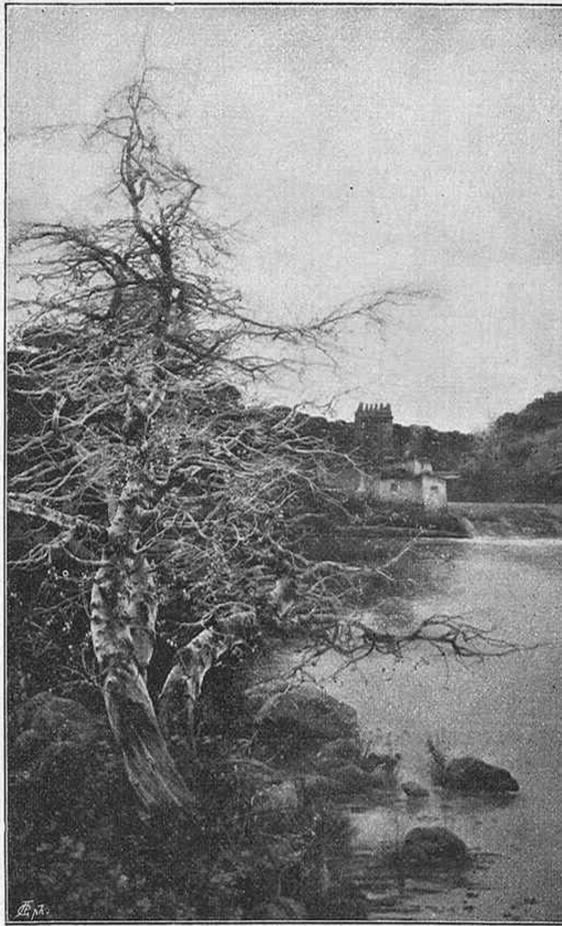
**

República Argentina. La vida militar.—El gobierno de la República Argentina tiene decidido empeño en colocar su ejército al nivel del de las más adelantadas naciones, para lo cual gran número de sus más aventajados oficiales estudian en Europa la moderna organización militar. En este punto está el pueblo completamente identificado con su gobierno; y la prensa ejerce una censura constante denunciando el menor abuso que observa y no descansando hasta que se ha depurado el hecho motivo de sus críticas, pues la aspiración general en toda la república es lograr que sea militarmente una de las naciones mejor organizadas de la América del Sur. La instrucción de los soldados es objeto de los cuidados más solícitos, y á la teoría siguen siempre los ejercicios prácticos, así de tiro como de evoluciones y marchas, algunas de las cuales alcanzan á veces un recorrido de ochenta ó más leguas. La alimentación y la higiene nada dejan que desear en el ejército argentino.

Las fotografías que publicamos en las páginas 476 y 477, tomadas durante la estancia del 5.º regimiento de línea en Córdoba, nos han sido remitidas por nuestro corresponsal, el distinguido fotógrafo de aquella ciudad D. Félix T. Tey, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.

**

Preciosa, cuadro de Román Ribera.—Las diversas fases que ofrece la vida artística de este distinguido pintor han sido causa ó motivo para que en cada una de ellas se supusiera que seguía las huellas marcadas por artistas que en otros países han creado escuela ó figurado como iniciadores de terminadas tendencias. Y justo es consignar que si bien el esudío de las obras meritisimas que aquéllos produjeron han podido influir en la labor de Román Ribera, no ha sido tan



RECUERDO DE ALCALÁ DE GUADAIRA, cuadro de Manuel García Rodríguez

poderosa la sugestión, y no cabe, por lo tanto, asignarle un calificativo á todas luces injustificado. Ribera, lo mismo en sus tipos y escenas mundanos y flamencos, pero flamencos de Flandes, revela su saliente personalidad, porque sobre las filigranas del color y la elegancia de la factura que armoniza con la fidelidad de la representación, se destaca esa gama admirable que amasa con señalada maestría en su paleta. El cuadro que reproducimos muestra es de cuanto apuntamos, y cual todas sus producciones, produce indefinible encanto.

**

El pan nuestro de cada día, cuadro de Julio Boquet.—Completamente inspirado en las tendencias modernas, el cuadro de Boquet constituye una página de la vida real, página modesta por lo humilde del asunto, pero de grandísimo valor artístico por la maestría con que el pintor supo trasladar al lienzo la sentida escena. Los tres personajes están tratados con admirable verdad, y en sus actitudes y en la diferente expresión de sus rostros se descubre el estudio del natural que para trazarlos debió hacer el pintor. Completan el efecto de las figuras los accesorios del pobre menaje, el ambiente de paz, de tranquilidad, que reina en aquel lugar y el sentimiento de resignación y de gratitud de aquella familia que pide á Dios el pan nuestro de cada día y que al terminar la sencilla colación elevará al cielo su acción de gracias por haberles proporcionado el cotidiano sustento.

Ariadna, bajo relieve de R. Anning Bell.—Este relieve del notable escultor inglés ha sido reproducido en tierra cocida y esmaltada en la importante fábrica de objetos de cerámica que hace cuatro años fundó en Birkenhead (Inglaterra).



ARIADNA, bajo relieve de Anning Bell, reproducido en cerámica

rra) Mr. Harold Rathbone. A pesar del poco tiempo que esta fábrica lleva de existencia, sus productos han alcanzado gran fama y muchos de ellos han merecido los honores de la reproducción en las más importantes revistas artísticas inglesas, de una de las cuales está tomado el grabado que en esta página publicamos.

**

Soldados de la paz, dibujo original de Vicente Cutanda.—Cuando las grandes masas armadas en forma de regimientos y escuadrones pónense en movimiento y sus ordenadas filas producen la destrucción y la muerte, las hermanas de la Caridad, los sacerdotes y los miembros de algunas filantrópicas asociaciones, despreciando el plomo fratricida y alentados por cristiano impulso, esfuérganse en aminorar los horrores derivados del combate, prestando auxilios y consuelos al herido y al moribundo. Estos abnegados campeones de la caridad son la sombra protectora de los ejércitos. Para ellos no existen nacionalidades, distancias ni latitudes. Están donde se engendra el peligro. A glorificarlos tiende el hermoso y sentido dibujo del distinguido artista Vicente Cutanda, quien lo ha ejecutado recordando uno de tantos episodios de este género que se desarrollaron en las provincias vascas durante la última y luctuosa guerra civil.

**

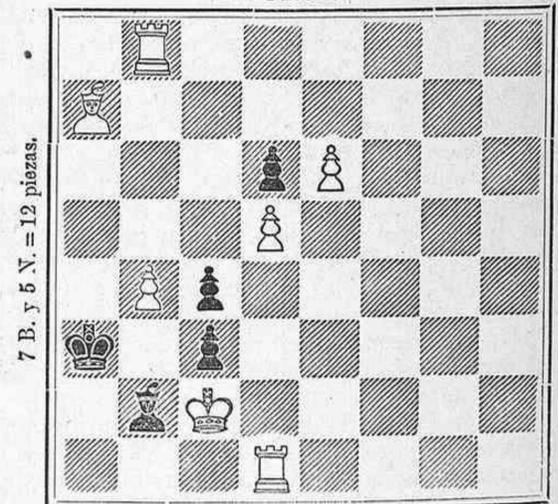
Tipo de mujer española.—La fotografía que reproducimos tiene el vigor del natural, realizado hasta tal extremo por el gusto del artista, que parece se trata de un retrato de Goya ó de Martínez Cubells, porque hay vida y movimiento en la actitud, luz en los ojos y sonrisa en los labios, esto es, todo lo que desaparece en el retrato fotográfico. El tipo es el de la mujer española, ceñido el cuerpo por el airoso mantón, rodeada la cabeza de la vaporosa mantilla, sin más adorno que las flores, que son sus hermanas. La prueba fotográfica es de un aristócrata aficionado, el conde de Agüera, cuyos clisés están á la altura de los que salen de los mejores talleres.

Sustitúyense unas imitaciones á la verdadera CREMA SIMON; prevenimos de ello á nuestras lectoras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 125, POR VALENTÍN MARÍN (Dedicado á V. M. Carvajal)

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 124, POR J. TOLOSA

- | | |
|--------------|-----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D8AR | 1. P toma C (*) |
| 2. D7R | 2. P toma P. |
| 3. D6D mate. | |

(*) Si 1. R toma P; 2. C3AD jaque, y 3. D mate; — 1. R4R ó P5AD; 2. D6AR jaque, y 3. C3AD mate.



No vacilé ya, corrí hacia la joven

MENTIRA SUBLIME

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR MAD. M. LESCOT. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

»Desde esta mañana he presenciado la llegada de los parientes, tíos, primos, toda la familia, á decir verdad, en número muy limitado: dos viejos con sus señoras; el uno, Martín de la Rochela, comerciante en trigos, según me han dicho; el otro, Martín de Tarascón, tratante en aceites; una vieja solterona, flaca, pálida, de aspecto hosco, que se llama la tía Eudoxia; una prima viuda, bastante jamona; la señora Cleomenes Martín, de Marsella, tratante en jabones. El padre de Leodiceo, Martín, de París, llegará esta noche para firmar el contrato.

»Además de los parientes, recibirán mañana, en el momento solemne, á algunas personas de la vecindad, amigos y conocidos.

»Al fin he comprendido por qué Leodiceo Martín parecía tan satisfecho de que yo aceptara su invitación, y es que no le habría gustado presentar á otro una familia tan sencilla, tan burguesa, tan vulgar; pero conmigo, oficial de marina que se marchará mañana, no hay ese inconveniente.

»Justo es decir que en medio de todas esas buenas gentes mi amigo Leodiceo descuella; los atonta, los deslumbra.

»No ha exagerado el amor y la admiración que su novia siente por él; esto salta á la vista, y hay momentos en que la transfigura; sí, hay momentos, porque esa fea muchacha se vuelve casi guapa cuando mira á su primo.

»La explicación de este casamiento es muy natural. Martín, de Brest, es rico, y Martín, de París, no lo es. El matrimonio por interés, esa venta de que todo hombre de corazón debería avergonzarse, ha llegado á ser en nuestro siglo tan frecuente que no se me ocurriría censurar por ello á mi nuevo amigo, si no hubiese procurado engañarme con la ostentación de sus buenos sentimientos.

»No ha dejado hoy de llamarme sobre manera la atención su agitación, su inquietud, su estado nervioso que las circunstancias no explican suficientemente; cualquiera habría creído que esperaba, que temía algo; iba, venía, salía, entraba, se sobresaltaba al menor ruido, respondía á tontas y á locas á las preguntas que se le hacían, en fin, parecía un hombre que no sabe lo que le pasa.

»¿Quién puede ponerle en tal estado tratándose de una unión tan pacífica, en la que todo marcha á medida de sus sórdidos deseos?

»He acabado por suponer que quizás tema el instante del contrato.

»Lo más importante para mí fué la aparición de la doncella de honor, á la cual me han presentado esta tarde.

»Se llama Bertranda Meriadec: dos nombres muy bonitos, ¿verdad? Pues la mujer que los lleva es cien veces más bonita que esos nombres. Esbelta y blanca, de cabellera rubia de maravilloso matiz, ojos garzos un poco arrogantes, algo salvajes, boca pequeña y labios delgados; pero esta boca de delgados labios, responderá tan lacónicamente como Santiago de Sommeres lo ha predicho, ó se humanizará pronunciando abundantes frases? No puedo decirlo; por ahora todavía no he oído su voz.

»Me ha respondido con una muda inclinación de cabeza cuando su amiga me ha presentado á ella, y ni siquiera estoy seguro de que se haya dignado mirarme. Luego las muchachas se han retirado al fondo del salón y se han puesto á cuchichear en misteriosas y probablemente insignificantes confidencias.

»Como te decía, la visita de la señorita Bertranda ha sido corta; una aparición, pero ¡qué aparición!

»Cuando se hubo marchado, he buscado á Leodiceo, que estaba fuera de la sala, pues quería tener

algunas noticias acerca de tan linda doncella de honor. Al pronunciar su nombre, he notado en él la misma expresión extraña que ya le había observado.

— «¿Cómo! ¿Bertranda ha venido? ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha dicho?

— «Ha hablado un buen rato con Valeria.

»Y sin escuchar más, sin contestar á mis preguntas se ha marchado bruscamente.

»Aquella noche, á la hora de comer, Valeria habló de su visita; dijo que era una amiga de la infancia, casi su mejor amiga, aunque sus relaciones habían quedado interrumpidas muchos años. Bertranda es hija de un capitán retirado, un viejo capitán, y vive con su padre en una casa aislada, cerca de Keroek. Las dos jóvenes apenas se separaban cuando eran niñas; luego llegó la separación causada por la entrada de Bertranda en uno de esos establecimientos de enseñanza donde se educa gratuitamente á las hijas de oficiales.

»La señorita Martín habla de su amiga con cariño.

— «¡Pobre Bertranda! ¡Su vida es tan triste!, me dijo. Por esto he tenido empeño en que asistiese á mi boda. Como no tengo primas, estaba en libertad de escoger mi doncella de honor. He insistido en que Leodiceo nos trajera un amigo suyo, y le doy á usted las gracias por haber venido. Esta reunión de familia, que le parecerá á usted enojosa, es una fiesta para ella, que se distrae tan poco. ¡Me gustaría tanto verla feliz!

»Decididamente, hay momentos en que Valeria no es fea; y son aquellos en que su bondad radia de sus ojos.

»Mi señora doña Elena: si la extensión de esta carta te choca, voy á explicarte en qué consiste; te escribo en mi cuarto, después de comer, mientras

todos están absorbidos en la lectura del contrato.

»He visto claramente que la presencia de un extraño, tan extraño como yo, no les hacía mucha gracia, y tanto es así que á la primera palabra de excusa discreta que he pronunciado, Leodiceo se ha apresurado á contestarme:

— ¡Pues no faltaba más, querido Aubián! Tiene usted mucha razón en querer sustraerse á esta enojosa obligación que yo tengo forzosamente que soportar. La lectura de un contrato es una cosa abrumadora. Vaya usted á escribir sus cartas, y si puedo disponer de un momento iré á dar á usted las buenas noches. Acuéstese usted temprano, pues la jornada de mañana será ruda.

»Y ahora que son las nueve no tengo más que contarte, ni tampoco tengo sueño.

»Volver al salón, ni por pienso. Hace poco, al atravesar el corredor, he oído voces y como el rumor de una acalorada discusión.

»Me iré á pasear por la playa, pues no creo que Leodiceo venga á acosarme en mi cuarto. La noche es magnífica: no hay luna, pero las estrellas brillan esplendorosamente. Allá, el mar canta; quiero ir á escucharlo.

»Conque buenas noches, hermana querida; beso tus dulces ojos, estrecho la mano de Fernando y beso los menudos piececitos de Su Alteza, mi adorada Lila.

»FELIPE.»

«Brest, 11 de septiembre.

»Elena, hermana mía, mi viva conciencia, te escribo dominado por una gran emoción, te escribo para ver claro en mí.

»¿He hecho bien en no asistir á esa boda? ¿He hecho bien en marcharme?

»Cuando reciba tu contestación, ya no tendré ninguna resolución que tomar; pero desearía que me dijese, como cuando era niño: «Has hecho bien, muy bien, Felipe, estoy contento de ti.»

»¡Ah! ¡Vaya unos amigos que tiene Santiago de Sommeres! ¿Así se portan los hombres que se jactan de ser vividores? ¡Cuánta razón tenía yo en abrigar cierta desconfianza y en dudar de ese... ¡Qué miserable!

»Voy á decirte lo que ha pasado.

»Según te escribía, salí de mi cuarto y de la casa, atravesé el parque y me encaminé al mar.

»En aquella noche toda luminosa de estrellas, experimenté cierta sensación de arrobamiento paseándome solo, bien solo con el Océano, por aquella playa desierta.

»Creo que anduve largo tiempo, sin darme cuenta de la distancia recorrida, hasta que sintiendo un poco de cansancio, me senté en el suelo, en la arena, al pie de una de esas grandes piedras drúidicas de que está sembrada la Bretaña.

»Y el mar cantaba allá, ante mí, empezando á crecer y estrellándose contra el arenal.

»Le escuchaba embebecido; ningún concierto humano es tan hermoso como esa gran voz del mar, y por esto, no escuchando más que esa voz, ni viendo más que sus oleadas, se me pasó la hora, absorbido en esa contemplación infinita.

»Un paso rápido, presuroso, nervioso, me sacó de mi ensimismamiento; llegaba un hombre. En el mismo momento, una mujer, arrebujada en el manto de las aldeanas bretonas, pasó velozmente delante de mí, exclamando:

— ¡Gracias á Dios!

»A causa de la obscuridad de aquella noche sin luna, aquella mujer no me había visto.

»Quiso arrojarse en brazos de Leodiceo, pero éste la rechazó con un brusco ademán.

— No hagamos tonterías, le dijo: bastante hay con haberme hecho venir. En resumidas cuentas, ¿qué me quieres?

— Quiero saber si me amas todavía; quiero suplicarte que renuncies á ese casamiento, puesto que aún estás á tiempo; quiero decirte que sería mi muerte; quiero rogarte, implorarte, arrojarme á tus plantas: ten piedad de mí, Leodiceo.

»Y se arrodilló.

— Vamos, le dijo él, levántate y no me vengas con melodramas. Bien sabes que te sigo amando, puesto que estoy aquí, con riesgo, sí, con riesgo de que todo se deshiciese si alguien nos hubiera seguido. Pero sé razonable. No me caso por distracción ni mucho menos. ¡Qué suplicio! Pero es un suplicio necesario. Ya te he dicho las causas que lo motivan, creí que las hubieras comprendido á fuer de mujer sensata. La casa Martín, de París, no es muy sólida; necesita puntales, y esos puntales puede proporcionárselos la casa Martín, de Brest. Me sacrifico, pobre niña; pero no por eso cambiará nuestro amor,

porque demasiado sabes que una vulgar peonía como Valeria no puede reemplazar una rosa de Bengala como tú.

»Habiéndose ella levantado, él quiso abrazarla, pero se hizo atrás y con voz colérica le dijo:

— Me prometiste casarte conmigo; me lo prometiste, lo juraste, de lo contrario yo no habría cedido; me lo juraste y ahora...

»No pudo continuar.

»El hombre dijo con tono ligero:

— Y ahora me caso con otra. Eso prueba la verdad del proverbio que dice que el hombre propone y Dios dispone, y Dios lo ha dispuesto de otro modo. Vamos, sé razonable; me caso, es indispensable; pero el verano que viene, te lo juro por ese cromlek testigo de nuestras agradables citas...

— ¡Calla, calla, dijo ella con voz áspera; no jures, y oye mi juramento. Si desoyes mi súplica, me vengaré; he aguardado hasta última hora, pero mientras yo viva, esa boda no se efectuará.

»Y apretando los dientes repitió:

— ¡Me vengaré! ¡Me vengaré!

»El hombre dijo con tono cruel de zumba:

— Es la escena clásica, ya la conozco.

»Y declamó con énfasis:

Lleva al pie del altar
El corazón infiel que me abandona,
Ve, corre, pero teme
Allí encontrar á la furiosa Hermiona.

»Y en seguida añadió:

— ¿Qué hará Hermiona, hermosa mía? No me desagradaría saberlo; hombre prevenido vale por dos.

»Sin hacer caso de la ironía, sin indignarse de la zumba, pero entregada por completo á su cólera, á su pasión, ella respondió:

— Iré á ver á Valeria, le diré que no la amas, que la ridiculizas con el apodo de peonía, que te casas con ella únicamente porque es rica, y que la abandonarás y la engañarás.

— ¡Bah, bah! Valeria es una buena muchacha; me adora y me perdonará por más criminal que yo sea; su alma plácida encierra bastante amor é indulgencia para absolverme de todas mis picardías.

— Pues bien: veré al Sr. Martín; él no es un vividor, sino un hombre honrado, y cuando sepa las promesas que me has hecho, los juramentos que mutuamente hemos pronunciado, cuando comprenda que su hija no puede ser feliz contigo...

»Él la interrumpió con una carcajada burlona.

— ¿Y qué pruebas darás de esa acusación á ese buen hombre? ¿Han tenido testigos nuestras entrevistas? No; habíamos tomado demasiado bien las precauciones, pues en cuanto á prudencia daría yo quince y raya á los mohicanos. ¿Tienes al menos algún escrito mío?

»Ella respondió con voz sorda:

— Por eso sin duda no has contestado nunca á mis cartas; por eso parecías temer comprometerme; cuando lo que temías era poner un arma en mis manos.

— ¡Pardiez! Un sabio dijo: «Dadme tres líneas escritas por un hombre y lo haré ahorcar.» Yo no quiero que me ahorquen; tampoco quiero que me arruinen ni que me casen contra mi gusto.

— Pues bien, contestó ella violentamente; se lo diré todo á mi padre y te matará.

»Parecióme que esta última amenaza producía en el ánimo del Sr. Martín más impresión que todas las demás. Quedóse un rato silencioso, hasta que repuso con acento más suave.

— ¡Ea! No digas más tonterías: no se mata á un hombre tan impunemente como á un conejo, pues se expone el que tal haga á cadena perpetua ó á la guillotina, sobre todo cuando no hay ninguna prueba, ninguna, ¿lo oyes?

»Luego con voz trémula añadió:

— Amiga mía, hagamos las paces, abracémonos, separémonos como buenos amigos, porque sale la luna y no quiero que me vean. No te digo adiós, sino hasta la vista.

»Ella respondió con un sollozo:

— No, no, no te perdono, murmuró con voz ahogada por las lágrimas. Demasiado comprendo ahora hasta qué punto te has burlado de mí. Tienes razón: no puedo vengarme de ningún modo; pero al menos puedo morir dejándote un remordimiento eterno.

»Y con paso agitado, paso de loca, vi que se dirigía hacia el mar.

»Levantéme bruscamente, reprimiendo un grito de terror.

»¿Cómo fué que Leodiceo no me vio? ¿Cómo no me oyó? Estaba demasiado abstraído; pero yo no quise intervenir inoportunamente. No me cabía en la cabeza que la dejara morir, y la seguía con la vista lleno de terrible angustia.

»Pero no se arrojó á las olas; ya fuese que en el momento supremo le faltara el valor ó ya que hubiese querido conservar un postrer destello de esperanza, lo cierto fué que se tendió en la arena ante el mar que crecía. Y allí, envuelta en su vestido negro, parecía una pobre reliquia que el Océano iba á arrebatar de un momento á otro.

»Apremiaba el tiempo: una oleada más alta que las otras y la imprudente estaba perdida.

»Busqué con la vista á Leodiceo, y entonces lancé con toda la fuerza de mis pulmones un rugido de cólera; el infame se escapaba. No vacilé ya, corrí hacia la joven, la cogí en brazos y la hice más atrás.

»Ella exhaló un grito de contento.

— ¡Ah!, exclamó, veo que sigues amándome, puesto que no quieres dejarme morir.

»Su alegría duró poco, puesto que murmuró:

— ¡No es él, Dios mío, no es él!

»Dejóse caer otra vez al suelo, tapóse la cabeza con su manto negro y rompió á llorar amargamente.

»¿Qué podía yo hacer ni decir? Ella no me hacía ninguna pregunta, ni siquiera parecía hacer caso de mi presencia.

»A la claridad de la luna, durante el minuto en que, tomándome por Leodiceo, levantó su rostro hacia mí, rostro en que brillaba el júbilo, pude conocer que era Bertranda Meriadec, la amiga de Valeria, la doncella de honor á quien me habían presentado.

»Lloraba con la cabeza entre las manos. La dejé llorar, comprendiendo que el llanto desvanecería su enérgico enojo, que no tendría ánimo para repetir lo que había querido hacer, en una palabra, que no se mataría.

»No nos dirigimos la palabra; al fin se levantó ocultándose el rostro en un pliegue de su manto; únicamente los ojos aparecían soberbios, brillando con intenso fulgor. Me miró detenidamente, y se alejó sin decir una palabra.

»Como ya no se encaminaba hacia el mar, no la seguí.

»Y aquí se plantea, hermana querida, el caso de conciencia. ¿Qué debía hacer?

»No podía forjarme ilusiones sobre los sentimientos de honor de Leodiceo; pero revelar al Sr. Martín la indignidad de su futuro yerno era una misión ingrata que me asustaba.

»En el fondo de mi alma, surgía un sentimiento muy claro: una repugnancia á asistir á aquel casamiento que me parecía odioso; quería evitar á la desdichada joven el suplicio de mi presencia, por cuanto sabía su secreto. Compadecía á Valeria, me apiadaba de Bertranda y execraba á Leodiceo.

»No reflexioné mucho tiempo; quizás sea una ventaja para los que deben ser hombres de acción el no perderse en las vacilaciones del pensamiento. Me encerré en mi cuarto, arreglé mi maleta y salí al rayar el alba.

»Dejé sobre la mesa un billete disculpándome con el Sr. Martín, pretextando una indisposición repentina que me obligaba á marcharme.

»¿Qué habrán pensado? Lo ignoro; pero me importa poco. Y tú, hermana querida, ¿qué piensas de tu hermano? ¿He hecho mucho ó muy poco? ¿No me he lavado las manos como Pilatos? O bien, al desertar, ¿he faltado á las más elementales leyes de la hospitalidad y de la cortesía?

»Aguardo con impaciencia tu dictamen.

»FELIPE.»

Elena Duvernoy á Felipe de Aubián

»Querido hermano: Todos se desatan en injurias contra mí, diciéndome que te he educado mal, que te he criado como una señorita. Santiago de Sommeres, á quien he dado conocimiento de tu carta, da libre rienda á su indignación. Te trata de necio, de bobalicón; y dice que estaba muy lejos de suponer que un oficial de marina tuviese severidad de capuchino para ciertos lances. Añade que hay pocos hombres que no hayan tenido que sufrir parecidas acometidas la víspera de su casamiento, que sólo los tontos se dejan atrapar y que su amigo Leodiceo no es tonto.

»Debo agregar que no he encontrado en Fernando el eficaz apoyo que esperaba; sin producirse con la cínica brutalidad de Santiago, indica que hubiera sido preferible no inmiscuirse en este asunto y asistir á la boda como si no hubieras visto nada; cree que el deber de un testigo ó de un convidado es hacerse el ciego y el sordo. Te censura por haber ido á merodear (son sus palabras) de noche. Jamás se sabe, dice, á qué descubrimientos se expone uno.

»Tal es la moral de los hombres, querido hermano, hasta de los mejores, porque esos dos son personas honradas. ¿Necesitaré decirte que esa moral no

es la mía y que he sentido profunda tristeza al escucharlos? Comprendo y apruebo el sentimiento que te ha hecho huir de esa casa, así como la repugnancia en tener que estrechar la mano de ese miserable. Porque para ti y para mí es un miserable, por más que para otros continúe siendo todo un caballero.

»Solamente me atormenta un recelo. Santiago dice que las cosas no quedarán así; que tu brusca partida ha sido un desaire afrentoso; que la escuela que dejaste para el Sr. Martín es insuficiente; que debías á ese traidor una explicación; en fin, que para evitar las consecuencias de tu descortesía, es menester escribirle una carta disculpándote.

»Demasiado sé, Felipe, que no escribirás esa carta; no quiero imponértela; pero tengo el corazón lleno de angustia porque ese miserable es un perdonavidas, un espadachín, un asiduo concurrente á las salas de armas.

»¡Oh, Felipe mío! ¡Cuánto miedo tengo, qué malos son los hombres y cuánto te quiero!

»Tu hermana,

»ELENA.»

Felipe de Aubián á Elena Duvernoy

«Tranquilízate, pobre hermana mía. Por terrible que sea ese perdonavidas como tirador de espada ó de pistola, no habría dejado de encontrar quien supiera hacerle frente; pero no piensa en retarme. La noche de su boda marchó á Italia, y cuando vuelva, mediará entre nosotros el Mediterráneo, el mar Rojo y el Océano Indico. Acabo de recibir la orden de marcha; supongo que estarás ya contenta; partimos para los mares de la China y no creo que el feroz Leodiceo vaya á perseguirme hasta allá.

»Dos años de ausencia, querida Elena, mitigan muchos rencores y calman muchas iras. Supongo que jamás me pedirá explicación ni satisfacción.

»Lo más grave y triste ahora es que temo no poder ir á despedirme de ti y abrazarte. ¡Pontarlier está tan lejos y disponemos de tan poco tiempo!

»Cuidate mucho, querida hermanita; las últimas cartas de la tía Fourneron me han sabresaltado algo. Dice que tienes mala cara, aunque te obstinas en no quejarte. Sé que la buena tía, en su fiebre de abnegación, desea vernos á todos enfermos para tener el placer de cuidarnos y la gloria de curarnos. También sé que tú me afirmas que jamás has estado mejor; pero ¿es esto verdad?

»¡Ay, Elena querida! ¡No tener más que una hermana é irse tan lejos de ella, tanto que se necesitan meses enteros para que nos lleguen sus cartas!.. Cuando pienso en ello, me dan ganas de desertar ó de presentar mi dimisión.

»Que Dios te guarde, Elena. Tu hermano que te quiere con toda su alma,

»FELIPE.

»P. D. — Di á Santiago que siento mucho haber correspondido tan mal á lo que esperaba de mí; dile que si los oficiales no son capuchinos, tampoco son tigres, y que por miserable que sea una mujer, no se recrean en verla atormentar. Confieso, hermana mía, que no llevaría á bien ninguna broma ó reconvencción acerca de este punto. Solamente á ti te concedo el derecho de juzgar de mi conducta y censurarme.»

III

La Sra. Duvernoy no pudo contener sus lágrimas después de leer esta carta. Una indecible angustia le oprimía el corazón al pensar que Felipe iba á partir sin que volviera á verle y temerosa de no verle ya jamás.

No eran, no, los azares del mar lo que le inspiraba recelos, ni el miedo de que no volviese, sino el de que á su regreso no la encontrara ya viva. Y la verdad era que se sentía gravemente enferma.

El desmejoramiento lento y gradual de la joven, que ni Fernando ni Santiago de Sommeres habían echado de ver, no le pasó inadvertido á la tía Fourneron, la cual abrumaba á Elena á fuerza de preguntas, la vigilaba todo el día, entrando en su habitación con mil pretextos, escudriñando sus miradas, hasta el punto de que llegó á comunicarle su convicción arrebatándole de este modo esos bienes supremos que hacen retroceder á la muerte y á menudo devuelven la salud: la esperanza y la ilusión. Y sin embargo, Elena anhelaba restablecerse; asíase á la vida con la enérgica voluntad de no separarse de aquellos á quienes amaba: Fernando, Felipe, y sobre todo, su pequeña Lila.

Desde su discusión con Santiago con motivo del casamiento de Leodiceo, á este deseo de vivir había agregado una zozobra moral. Llevado del afán de convencerla, de tener razón, de ser él quien pro-

nunciase la última palabra, Santiago le había dicho con su franqueza brutal: «¡Bah! prima Elena, si los hombres se valieran de esos medios para romper con su pasado y enviar enhorramala á los intrigantes, no se casarían nunca. Preguntásele si no á tu marido.» Elena había dirigido una mirada interrogadora á su marido, y le vió vacilante, turbado hasta el fondo del alma. Herida en su pudor de mujer honrada, se abstuvo de preguntarle, pero la duda subsistió.

A los pocos días Santiago volvió con pesada insistencia á la carga; pero entonces fué para disculparse.

— Pobre prima, dijo; me pesa en el alma lo que he dicho; Fernando me ha armado un escándalo. ¡Qué quieres! Me creí que estabas al corriente; jera tan público! Todos los artistas son así, por lo cual no hay que vituperarles. Fernando es muy bueno, pero también muy débil, y las mujeres le manejaban á su antojo. Y por cierto que no fué tan fácil hacerle soltar la presa á aquella. ¿Y sabes de qué medio me valí? Pues haciéndole la competencia. Yo era más joven, más rico y bastante mejor mozo y resuelto á permanecer soltero. La tía Fourneron no había entendido aún mi conversión, pues entonces estaba apurando todos sus recursos para reducir á tu marido. Ella fué la que discurrió la maquiavélica combinación merced á la cual logró hacer á Fernando el más feliz de los maridos. Ya ves que se debe ser indulgente con mi amigo Martín. En ese duelo trabado de continuo entre el hombre y las mujeres de esa clase, ellas tienen por armas sus tretas, sus comedias y también sus tragedias: el hombre sólo tiene su egoísmo: ¡pobre del débil! Fernando lo era, y temo que tu Felipe lo sea también.

Elena sonrió con sonrisa de confianza.

— ¡Oh, no!, exclamó; Felipe es tan firme cuanto bueno, honrado y leal.

Y dejó que fuera decayendo la discusión; pero cuando su primo hubo salido, reprodujéronse sus temores. Cierto que el hombre con quien se había casado era débil; á pesar del gran cariño que le tenía, no podía menos de juzgar severamente algunos de sus desfallecimientos, uno de ellos, por ejemplo, la imposibilidad en que se encontraba de defender sus intereses, prefiriendo dejarse estafar á entrar en cuestiones. Era débil, no por cobardía ni por bondad, sino por una especie de pereza; de suerte que las resoluciones y tareas más enojosas pesaban siempre sobre ella.

En aquel momento meditaba en la penumbra de su cuarto, en la melancólica hora del crepúsculo, con las dos manos cruzadas sobre las rodillas. ¿Qué sería de su pobre Lila si ella llegaba á morir? En vano procuraba desvirtuar la impresión producida por las revelaciones de Santiago; recordaba frases, palabras pronunciadas en otro tiempo ante ella, sonrisas, señas; entonces no las había comprendido; ahora sabía lo que significaban.

Lo que sentía no eran celos retrospectivos, sino recelos; y no por ella, que probablemente iba á morir, sino por la huérfana que la sobreviviría. ¿Se dejaría engañar de nuevo por los artificios de alguna intrigante aquel hombre de corazón débil, cuando ella faltara de su lado? ¡Oh! Erale preciso vivir; lo necesitaba, lo quería.

El anciano médico á quien se había enviado á llamar quedó sorprendido de encontrarla tan nerviosa. Notó los latidos desordenados del corazón y la irregularidad del pulso, recetó varios medicamentos, todos los vinos generosos, todos los elixires, todos los reconstituyentes y todos los anti-neurasténicos.

Ella obedeció dócilmente.

El médico prescribió el remedio, pero Dios tan sólo podía dar la curación.

IV

Mientras Felipe de Aubián navegaba á toda vela hacia el Japón, mientras Leodiceo paseaba indiferente á la pobre y fea Valeria por las orillas del Adriático, mientras Elena consideraba tristemente cómo se le escapaba la vida, Martín, de Brest, se aburría.

Desde el casamiento de su hija estaba dominado por esa tristeza que todos los padres han experimentado, tristeza causada por la última decepción de la vida: la ingratitud del hijo. De genio dulce y apacible, amaba el hogar doméstico, la vida de familia, y al marcharse Valeria, dejaba un vacío que nada podía llenar. Mientras duró el invierno, soportó animosamente la separación; residía en Brest, sus negocios le distraían; además recibía cartas de su hija fechadas en Niza, Florencia, Roma, Venecia y Nápoles, todas llenas de alegres conceptos. Para aquella joven, que jamás había salido de Bretaña, su viaje era una maravilla, un encanto. Él se asociaba á su contento; pero sentía un poco de envidia. ¿Por

qué no le debía á él, á él solo, aquella ventura? ¿Por qué habían permanecido uno y otra enclavados en aquella casa de comercio, encerrados en sus sombrías habitaciones ó en los polvorientos escritorios? ¡Ah! Entonces era preciso ganar millones para que ahora otro los gastara alegremente. Sentía respecto de su yerno una especie de rencor, el rencor que inspiran los ladrones de gran destreza. Si al menos al robar el arca de los caudales, no se hubiera llevado también el corazón de la hija...

Transcurrió el invierno y llegó la primavera. Antes de la boda, había quedado convenido que los esposos pasarían el verano en Heroek, y que Leodiceo, asesorado de su suegro, se iniciaría en el manejo de la casa de Brest, de cuya dirección debía encargarse. «No podemos separarnos así, tío Martín,» había dicho, y parodiando una frase célebre añadió: «No habrá en la vida de usted otra mudanza sino la de que tendrá un hijo más.» Mediante esta seguridad, se efectuó el casamiento; pero cuando llegó el plazo, cuando se acercó el momento de regresar á la quinta Martín, Leodiceo se esquivó.

A decir verdad, no dejaba de tener alguna ocupación. Constábase que las olas del mar no se habían llevado á la irascible Bertranda, y no se atrevía á contar con su resignación. El carácter violento de aquella joven le asustaba, y prefería dejar que el tiempo, ese gran calmante, hiciera su obra y apaciguara su enojo sin necesidad de que él se mezclara en ello. Entonces todo se arreglaría sin escándalo, y quizás al año siguiente la joven, enervada por una prolongada expectativa, habría desistido de sus proyectos de vengarse y vendría á un arreglo. Además, para aquel parisiense, la perspectiva de tener que pasar interminables meses en el campo, entre su mujer y su suegro, tenía muy poco de halagüeña. No se habría aburrido poco el año anterior si no hubiera encontrado una pequeña distracción.

Tampoco había pensado jamás formalmente en ocuparse de la casa de Brest. Estas cosas se prometen antes de contraer matrimonio, del mismo modo que se jura al pie de los altares protección y fidelidad. Una cosa es prometer y otra cumplir: hay que hacer verdaderos los refranes. ¿Para qué tomarse el trabajo de ganar penosamente millones? Siempre habrá gatos para sacar las castañas del fuego, y monos para comérselas. Cuando hubo llegado el momento, suscitó muchos inconvenientes: primeramente los negocios de París, luego la precisión de hacer un viaje á Alemania, después el mal estado de su salud que exigía imperiosamente la residencia en un balneario.

A las lamentaciones del Sr. Martín contestaba:

«Siento en el alma, querido suegro, faltar á mi palabra; pero no por eso dejo de insistir en que Valeria le haga á usted la visita prometida. Por complacer á usted consiento en privarme de mi adorada esposa por espacio de cuarenta días mortales. La magnitud de este sacrificio es una prueba de mi cariño filial.»

Y se restregaba las manos al reparar este irónico billete:

— ¡Ah! ¡Si pudiera quedarse con ella para siempre, pensaba, librándome así de esa carga!..

En virtud de las reiteradas instancias de su marido, Valeria partió. Pero ¡qué diferencia entre la mujer que regresaba y la doncella que había marchado! Su padre apenas la conoció, no vió su hija en Valeria. Comprendía amargamente lo extraños que habían legado á ser el uno para el otro en tan corto tiempo.

Los embellecimientos de la quinta, que siempre le habían inspirado tanto interés, le eran indiferentes. Indiferentes también los planteles de flores, los árboles frutales, el establo, el palomar, la pajarera y los mil detalles de la casa. Valeria no tenía más que un nombre en los labios, el de su marido; hablaba de él sin cesar, viniese ó no á cuento, y el Sr. Martín sentía al escucharla dolorosos celos.

Harto comprendía que su hija contaba los días, las horas. Ella se encerraba en su cuarto para escribir interminables cartas, y luego esperaba ansiosa la llegada del cartero. Un día que no recibió la misiva esperada, presentóse á almorzar con los ojos encendidos. Entonces su padre no pudo ya contenerse.

— Vete, le dijo, ve á reunirte con tu marido, puesto que ya no amas á nadie más que á él en el mundo.

Valeria se levantó impetuosamente, y echándole los brazos al cuello contestó:

— Gracias, padre mío, gracias; ¡cuán bueno eres permitiéndome que abrevie mi permanencia aquí! Y es que estoy tan inquieta, soy tan desgraciada cuando no le veo...

Y se marchó alegremente al otro día.

(Continuará)

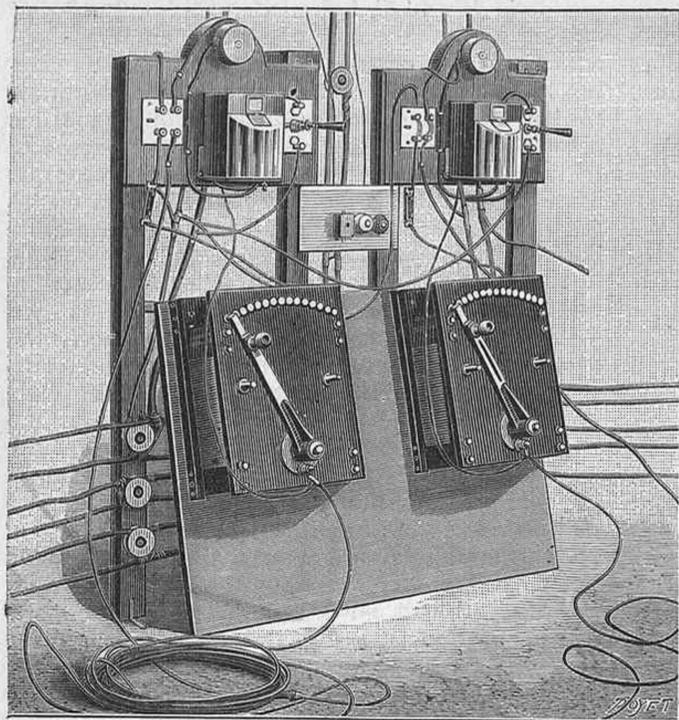


Fig. 1. - Cuadro de carga del coche número 2

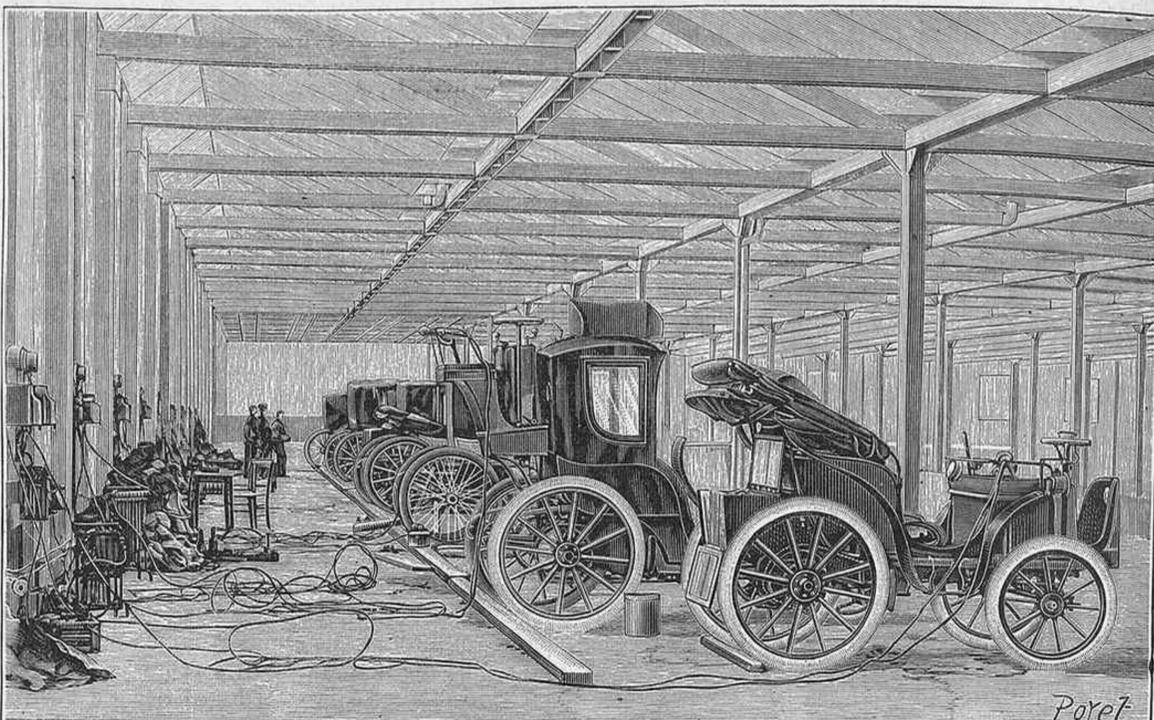


Fig. 2. - Vista de la fábrica Clement, en Levallois, en el momento de cargar los acumuladores después de haber recorrido los coches un itinerario

COCHES DE PLAZA
AUTOMÓVILES

Concurso del «Automobile-Club de France»

L' Automobile-Club de France, fundado para el fomento de la industria de los automóviles, ha celebrado recientemente un concurso en el cual tomaron parte once coches movidos por la electricidad y uno por petróleo. Este último funcionó con mucha regularidad con una velocidad de marcha superior á la señalada por la prefectura de policía de París, y si el jurado no ha creído procedente otorgarle un premio, débese á que el consumo de esencia ha sido tan elevado que resulta á un precio prohibitivo para un vehículo que hubiera de circular por aquella capital: en efecto, de la prueba efectuada se deduce que el consumo diario de un coche sería de 20 á 25 litros de esencia por coche en servicio durante 14 ó 16 horas.

Tres fueron los concurrentes eléctricos y el número de coches por ellos presentados ascendió á once: la figura 3 reproduce siete de ellos, que son los seis de M. Jeantaud y el vis-a-vis de M. Krieger. El otro vehículo reproducido en el mismo grabado con el número 8, nada tiene de coche de plaza: admitido á última hora y bautizado, no se sabe por quién ni por por qué, con el nombre del *Elefante*, después de algunos ensayos desapareció no llegando á tomar parte en el concurso.

No hemos de entrar en detalles acerca de este concurso que ha sido para todos, constructores y profanos, una revelación y una enseñanza preciosa, un experimento de gran importancia del cual se aprovechará indudablemente la industria de los vehículos electromóviles. Tampoco describiremos minuciosamente los vehículos pre-

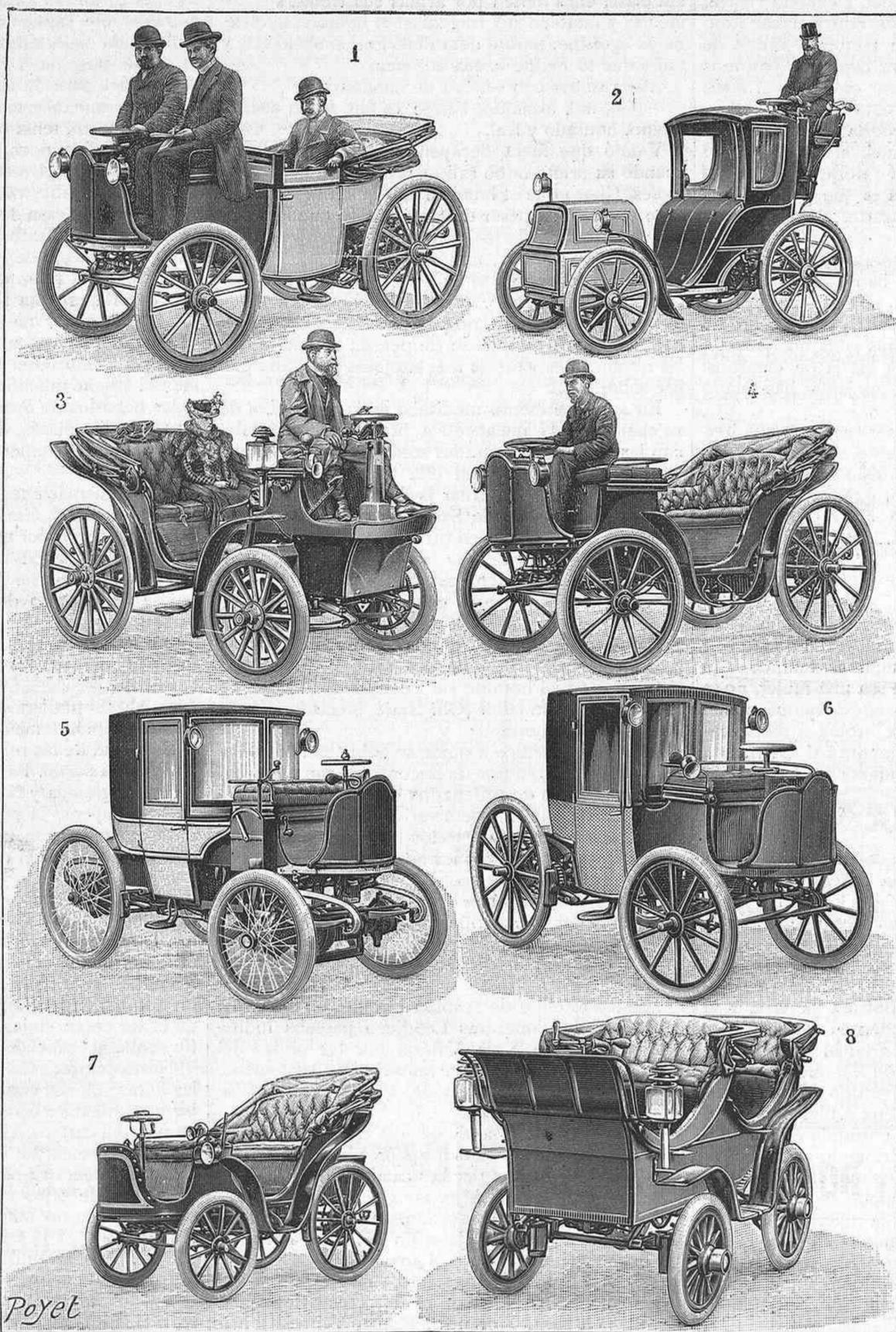


Fig. 3. - Coches que tomaron parte en el concurso de «L'Automobile Club de France». - 1. Landau de dos asientos n.º 23 de M. Jeantaud. - 2. Cab n.º 25 de M. Jeantaud. - 3. Vis-a-vis n.º 3 de M. Krieger. - 4. Mylord n.º 24 de M. Jeantaud. - 5. Coupé con delantera motor n.º 21 de M. Jeantaud. - 6. Coupé n.º 22 de M. Jeantaud. - 7. Drojki n.º 26 de M. Jeantaud. - 8. Coche inglés denominado el *Elefante*.

sentados en el concurso ni su mecanismo, limitándonos á indicar á grandes rasgos los principales resultados obtenidos.

El punto más importante y más delicado de un coche eléctrico es el acumulador: el concurso á que nos referimos ha sido un triunfo para el denominado *Fulmen*, tan hábilmente dispuesto por M. Brault, puesto que todos los concurrentes lo han utilizado. Siendo, por consiguiente, equivalentes todos los acumuladores, la comparación de los vehículos ha sido fácil; pero en cambio no ha podido establecerse entre los diversos tipos una comparación que, por otra parte, habría resultado de todo punto ilusoria, dado el poco tiempo que han durado las pruebas. Para salvar este inconveniente se verificará en el próximo invierno un concurso de acumuladores en el que los aparatos serán sometidos durante varios meses á numerosas pruebas. Hasta ahora, han demostrado los varios incendios ocurridos que la celuloide, á pesar de su ligereza, de su transparencia y de la facilidad que ofrece para la construcción de recipientes, debe ser rechazada en absoluto, á menos que se consiga hacerla ininflamable ó por mejor decir incombustible, pues la celuloide se consume generalmente sin llamas en los acumuladores: este problema no deja de ser de difícil solución.

La disposición de los acumuladores en el coche es asimismo una cuestión resuelta por el concurso, habiéndose demostrado que es preciso disponerlos de modo que puedan colocarse y reemplazarse fácil y rápidamente, porque la explotación racional y económica de los electromóviles no permite la inmovilización del vehículo durante la carga, siendo preciso que una batería agotada ó inutilizada por un accidente

cualquiera pueda ser sustituida por otra en pocos minutos. Bajo este concepto no todos los vehículos que han tomado parte en el concurso han tenido un éxito igualmente satisfactorio, habiendo sido necesario sacrificar la elegancia á la comodidad, aunque en algunos casos han podido conciliarse hasta cierto punto estas condiciones, como de ello es ejemplo el cab de M. Jeantaud (fig. 3, n.º 2).

Desde el punto de vista mecánico, los coches forman dos grupos característicos, uno que comprende las delanteras motrices y otro las ruedas traseras motrices, disposición esta última adoptada casi universalmente en los vehículos movidos por el petróleo. Si es lógico colocar los frenos de los coches en la parte de atrás para retenerlos en las bajadas, no menos lo es que el impulso esté en la de delante á fin de arrastrarlos. La delantera motriz es, pues, en principio preferible; pero cuando las velocidades no son excesivas y el camino no es muy malo, la ventaja es de escasa importancia. La solución de delantera motriz y directriz con acción sobre cada rueda que presentó M. Krieger es muy elegante y sencilla porque permite el rápido cambio de motor.

Este principio de intercanjeabilidad parece ser el porvenir de la construcción mecánica en general y del automóvil en particular, pues además de las ventajas que ofrece para la carga, tiene la de que sobre un solo armazón motor puede ponerse una caja de cupé en invierno y una de victoria en verano. Los vehículos con cajas, acumuladores y motores intercanjeables son los únicos que pueden prestar servicio como coches de punto en una gran ciudad. Muchos de los que han tomado parte en el concurso



TIPO DE MUJER ESPAÑOLA
(de fotografía del Sr. conde de Agüera)

son coches de lujo más que de plaza, y uno de los principales resultados del mismo ha sido indicar en qué sentido habrán de realizarse los perfeccionamientos para llegar pronto á la solución definitiva.

En cuanto á los incidentes sufridos por los coches en los nueve itinerarios que han recorrido no han tenido en general importancia: cada uno de ellos ha puesto en evidencia un punto débil, una disposición que hay que rechazar, otra que es preciso adoptar y el resultado final es que el año que viene tendremos de fijo vehículos eléctricos más perfeccionados.

El grabado que publicamos con el número 1 reproduce un cuadro de carga con sus tomas de corriente, su contador de energía, sus reostatos y los hilos que transmiten el fluido á los coches. La figura 2 es una vista de la fábrica Clement, en Levallois, en el momento en que varios vehículos, después de haber recorrido un itinerario, proceden á recargar sus acumuladores.

Para terminar este artículo diremos que en el concurso se exigió un recorrido diario de 60 kilómetros por lo menos en 16 horas y que en él se admitieron coches de dos asientos cerrados y descubiertos con capota; coches mixtos de dos asientos que pudieran cerrarse y descubrirse instantáneamente; coches de cuatro asientos con galería para equipajes (30 kilogramos por viajero); coches de cuatro asientos descubiertos con capota, y coches de seis asientos cerrados con galerías para equipajes (30 kilogramos por viajero.) Dos coches de M. Jeantaud obtuvieron cada uno un primer premio de 1.000 francos y uno de la Compañía general de transportes un segundo de 600.
E. HOSPITALIER
(De La Nature.)

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijos de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable

CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exigirse el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas 40, Rue Bonaparte, en Paris.

Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos

Atiende y cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata

J. PERRÉ y C^{ia}, Ecos, 103, R. Richelieu, Paris.

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS

LA MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se conserva el cutis limpio y terso

GADEDES y C^{ie} 2^a St-Denis

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con PEPTONA

es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 Reales.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL de los DRES JORET Y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

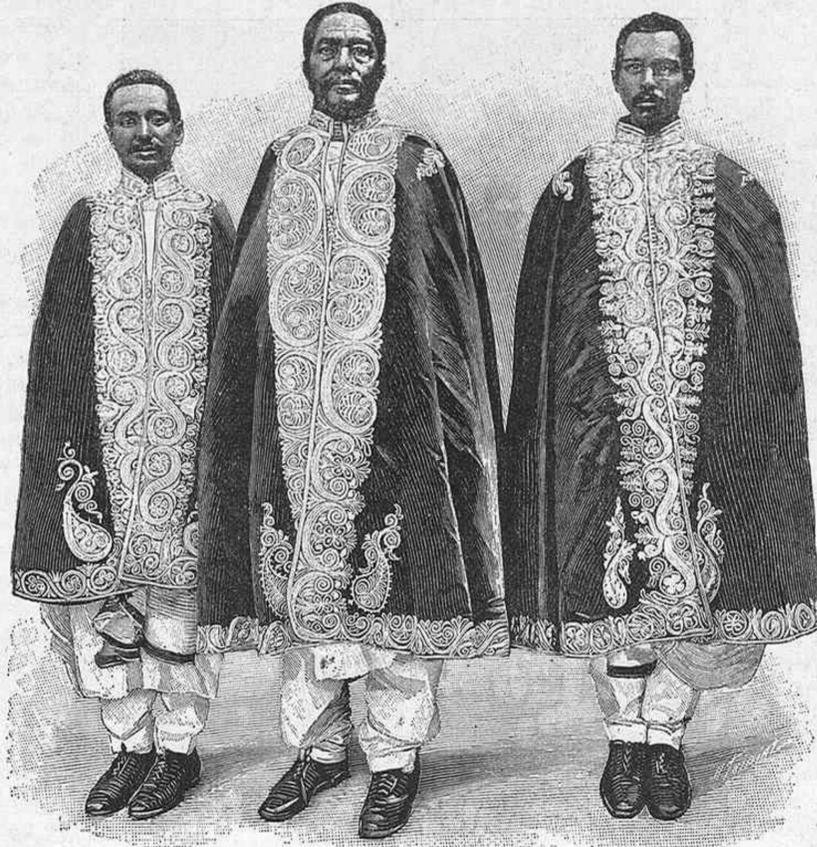
JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias

El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

EMBAJADORES ABISINIOS EN PARÍS

Desde hace pocos días encuéntrase en París una embajada del negus Menelik, compuesta de tres altos dignatarios de la corte abisinia pertenecientes a la familia imperial y de un séquito de treinta personas. El jefe de la embajada es el general Woldie, anciano de setenta y dos años, y sus dos acompañantes son los generales Buru y Nado. Uno de estos últimos es ayudante del emperador Menelik y en funciones de guerra lleva el traje y las insignias del soberano a fin de desviar de la persona de éste los golpes del enemigo: este cargo, según parece, es considerado en Abisinia como muy honroso. Todos los hombres que componen la embajada son de hermosa presencia, elevada estatura, negros como el ébano, graves y majestuosos: visten holgados pantalones blancos, apretados junto a los tobillos, anchos mantos negros con una franja bordada en oro y sombreros de fieltro negros. Los individuos del séquito llevan trajes blancos con franja roja en medio.



General Buru Príncipe Woldie General Nado
EMBAJADORES ABISINIOS EN PARÍS

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

OBRAS VARIAS de *Eduardo de la Barra*. — Del distinguido publicista chileno, correspondiente de la Real Academia Española, D. Eduardo de la Barra hemos recibido una colección de trabajos escritos con profundo conocimiento de las diversas materias que en ellos trata. En la imposibilidad de analizarlos detenidamente, no haremos más que citar sus títulos, los cuales bastan para formarse idea de los méritos y especiales aficiones literarias de su autor: *Restauración de «El Misterio de los Reyes Magos» la página más antigua del teatro español; Contribución al Romancero Castellano. De cómo se exhumaron de las crónicas antiguas los romances y las canciones de gesta; Crítica*

filológica; Una manifestación literaria del siglo XV; Investigaciones sobre la lengua y su desarrollo; Las palabras compuestas son conservadoras. Estudios etimológicos, El sistema métrico-rítmico de la antigua versificación castellana; Algo sobre la formación del castellano; Estudios de *Relbica moderna*. Todas estas obras han sido impresas en Santiago de Chile.

EN PAZ Y EN GUERRA, poesías por *Francisco Gras y Ellas*. — El nombre del autor de esta colección de poesías es bastante conocido en el mundo literario para que hayamos de elogiar la última obra que ha publicado y que contiene multitud de composiciones poéticas de distintos géneros, amatorias, históricas, religiosas, patrióticas, abundantes en bellísimos pensamientos, inspiradas en los sentimientos más nobles y escritas con tanta corrección como facilidad. *En paz y en guerra* ha sido impreso en Barcelona en la tipografía de Fidel Giró.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Río de la Plata, semanario ilustrado de Buenos Aires, órgano de la Asociación Patriótica Española; *La Nueva Literatura*, revista bibliográfica y de noticias, órgano de la Librería Moderna de Antonio Font, de San José de Costa Rica; *Boletín del Instituto Americano de Adrogue* (República Argentina), publicación mensual, órgano del establecimiento de enseñanza que dirige D. R. Monner Sans; *Revista de Quito*, semanario de política, literatura y variedades que se publica en Quito (Ecuador); *Revista Contemporánea*, revista quincenal madrileña de Ciencias, Letras, Ingeniería y Arte Militar; *Boletín de la Sociedad Nacional de Minería*, revista mensual minera de Lima; *El Monitor de las Exposiciones*, edición española del «Moniteur des Expositions», órgano de la Exposición Universal de París de 1900.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espuntos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1887 1872 1873 1876 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIBESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
El Mismo con IODURO DE POTASIO
Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal Prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aca y Dermatosis.
Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis. Folleto segun los últimos trabajos de MEDICOS ESPECIALES.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

VINO AROUD
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.
DOS FÓRMULAS:
I - CARNE - QUINA En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles ó Influenza.
II - CARNE-QUINA-HIERRO En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote y gero). Para los brazos, empléese el PILLOVEE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN